

Energía y pureza

El combate de la castidad
en los muchachos



Mons. Tihamer Toth

Tihamer Toth

ENERGÍA Y PUREZA

El combate de la castidad en los muchachos

Traducido del original húngaro
por Mons. Antonio Sancho Nebot.

Adaptación resumida por
Alberto Zuñiga Croxatto

ÍNDICE

LOS DOS LAGOS	4
1	6
LOS PLANES DEL CREADOR	6
2	12
¿ADÓNDE, POR DÓNDE HE DE IR?	12
3	20
ESCARCHA EN UNA NOCHE DE PRIMAVERA	20
4	25
EN EL FONDO DEL PANTANO	25
5	41
LUCHA CON EL DRAGÓN DE SIETE CABEZAS	41
6	50
ES POSIBLE	50
7	55
¡ANTES MORIR QUE MANCHARME!	55
8	60
¡LUCHA Y CONFÍA!	60
9	76
ENTRÉNATE	76
10	94
ALMA SONRIENTE	94

LOS DOS LAGOS

En los años de estudiante iba yo frecuentemente de excursión a un lago de las montañas. Sobre el espejo cristalino del agua bailaba jugando un rayo de sol. El agua pura dejaba entrever su fondo lleno de guijarros. Ágiles peces zigzagueaban de una a otra parte, no sabiendo qué hacer de puro alegres al sentir el rayo acariciador del sol.

Por la orilla saltaban miosotis de ojos azules, y lirios acuáticos estaban de guardia, tiesos, con sus hojas agudas en forma de espada. Los sauces inclinaban con majestad su ramaje hasta rozar el terso espejo del lago, y soñadores se deleitaban mirando la bóveda sonriente, sin nubes, reflejada en la superficie. Una brisa fresca, vivificadora, jugaba entre las ramas, y a su paso se inclinaban las cañas con suave murmullo.

No hace mucho volví otra vez. Ya habían pasado unos cuantos años.

Quedé espantado al ver en qué se había convertido mi amado lago. Un pantano lleno de limo, un lodazal amarillento, verdoso. Su agua estaba sucia, turbia. La abundancia de espadañas no permitía ver lo que en su seno se escondía; pero el mal olor bien delataba que sólo había podredumbre. El croar soñoliento de las ranas de ojos abultados salía del limo; y asquerosos reptiles, al oír mis pasos, se asustaban y zambullían en el agua verdosa, podrida.

¿Qué ha sido de los lirios altivos que hacían la guardia? ¿Cómo se deshizo la suave corona de follaje que ostentaban los sauces? ¿Dónde está el cielo azul, sonriente, que se reflejaba en el espejo del agua?

Todo, todo había desaparecido. Una vegetación inútil llena la orilla, juncos que para nada sirven se inclinan a la más leve brisa. Podredumbre, destrucción, inmundicia por todas partes...

Sentí oprimírseme el corazón. ¿Es éste el magnífico lago cristalino de mis años mozos?

Este bello lago montañoso se asemeja al alma del joven al inicio de la adolescencia, rebosante de vida, sonriente, feliz... Pero, ¡qué pena!, ¡Cuántos de estos jóvenes convierten su alma más tarde en lodazal fétido, lleno de espadañas!

Joven, para que tu alma se conserve siempre limpia, he escrito este libro. Porque conservar el alma y llegar así a la madurez... es el más bello arte de vivir.

LOS PLANES DEL CREADOR

«Creó, pues, Dios al hombre a imagen suya; a imagen de Dios le creó, lo creó varón y mujer. Y los bendijo diciendo: Creced y multiplicaos, llenad la tierra y dominadla.» (Gén 1, 27-28)

Hacía ya millares de años que la Tierra iba corriendo con ritmo vertiginoso por su órbita alrededor del Sol. En su interior se agitaba aún la lava encendida; con ruido espantoso se rompía de tiempo en tiempo la capa exterior endurecida; pero el proceso del enfriamiento aún proseguía... Por toda la superficie de la tierra tupidos bosques mostraban su verdor. La primavera florecía con deslumbradora hermosura; alegres trinos de pájaros volaban en alas de una suave brisa. Todo rebosaba de vida, de fuerza, de energía... pero faltaba algo. Mejor dicho, faltaba alguien.

Faltaba aquel a quien cantara el mirlo, para quien se desplegara la flor y diera fruto el árbol. Faltaba el *ser racional*, consciente, que anhela en su alma todo este jardín de hermosuras: el que, en vez de ser una parte más del gran mecanismo de la Naturaleza, lo sintiera todo y gozara con el canto del pájaro, el murmullo del arroyuelo, el perfume de las flores, el cuchicheo de los bosques, el suave rumor de la brisa, la augusta majestad de las montañas gigantescas coronadas de nieve, el zumbido de las abejas... y se levantara con amor en alas de gratitud, con el espíritu embriagado de tales bellezas al Creador.

El primer hombre y la primera mujer

Entonces creó Dios la primera pareja humana: un varón y una mujer. Seres acabados en sí mismos, cada cual con su sexo, para complementarse mutuamente. En el conjunto de los dos realizó el Creador la idea íntegra del «hombre». Cada sexo tiene sus notas peculiares; pero unidos, sirviéndose mutuamente de complemento, realizan el concepto adecuado del «hombre». Gracias a ello, hay un encanto inagotable en la vida de familia, existe amor entre los esposos y se enriquece el cariño de los hijos.

Es necesario que haya varón y mujer. Es necesario que, junto a la fuerza del hombre, esté la ternura de la mujer. Es necesario que al brío y carácter recio del varón corresponda el amor, la hermosura, los sentimientos profundos de la mujer. Los dos se complementan y mutuamente se reclaman. Por eso colocó Dios la primera mujer junto al primer varón; por eso formó, ya al principio de nuestra historia, la primera familia.

Los planes del Creador

Con la distinción de sexos comunicó el Señor *fuerza creadora* a los hombres. Quería que éstos participasen en su función divina de Creador y compensasen las brechas abiertas en nuestro linaje por la muerte, dando vida a nuevas generaciones. Tal era el plan sublime y misterioso de Dios al instituir el matrimonio. De modo que los jóvenes esposos —rebotantes de amor tras una virginidad intacta—, *unidos como en un solo cuerpo*, viniesen a ser la expresión del *designio creador*.

Por la Sagrada Escritura sabes que Dios creó a nuestros primeros padres, a Adán y Eva, sin intermediarios, por Sí mismo. Pero ¿quién ha hecho a los demás hombres? Dios no los ha creado directamente, como a nuestros primeros padres.

El germen de la vida humana

Dios dio al hombre una fuerza en cierto modo creadora: una fuerza misteriosa, una capacidad casi divina, de comunicar nueva vida, de llamar a la existencia nuevos hombres. Semillas de vida en el varón (espermatozoides) y en la mujer (óvulos), para que mediante la unión de ambos se produzca un nuevo ser viviente, un nuevo hombre. Esta fuerza engendradora, estas semillas de vida laten como adormecidas durante años en los niños, como las yemas del árbol durante el invierno. Pero llega la primavera de la vida, el niño se convierte en hombre y la niña en mujer; sale el rayo de sol sonriente y vivificador; el joven se enamora de la muchacha, se casa con ella, y en el santuario de la vida matrimonial se funden realmente, se unen en una sola cosa, las dos almas y los dos cuerpos.

Y esta unión corporal y este amor que une a los esposos no solamente los llena de gozo, sino que produce en la mujer el mismo efecto que el beso del príncipe del cuento al rozar la frente de la Bella Durmiente; un nuevo ser empieza a vivir, a crecer, a desarrollarse; y, cuando después de nueve meses, es bastante vigoroso para salir de la envoltura, cae como el fruto del árbol, y decimos: «ha nacido un niño». Por eso no hay amor en el

mundo como el de los padres a sus hijos, ya que éstos son, en el sentido más estricto de la palabra, carne y sangre de quienes los engendraron.

¿Cómo eras cuando fuiste concebido? ¿De qué tamaño? No eras más grande que un punto. Eras más pequeño que la cabeza de un alfiler. Entonces cualquiera te habría podido pisar. Todo ser viviente, al principio, es un punto diminuto, un pequeño germen que es necesario esconder, como se esconde la simiente bajo la tierra, para que esté bien resguardado cuando comienza a desarrollarse. Dios veló para que no te sucediera nada mientras eras tan pequeñito. Te preparó un lugar escondido en el cuerpo de tu mamá, bajo su corazón. Un nido caliente, blando, resguardado, para que allí pudieras crecer seguro y tranquilo.

Durante todo el tiempo del embarazo ella comía y respiraba por ti. Lo que comía, después de absorberlo, la sangre te lo llevaba a ti para alimentarte. Lo mismo pasaba con el oxígeno: los pulmones de tu mamá lo inhalaban, pasaba a la sangre, y por el torrente circulatorio llegaba hasta ti.

Aunque al principio eras tan pequeñito que no te hacías sentir, tu madre ya sabía que estabas allí y te decía todos los días por las mañanas: «Buenos días, pequeñín. ¿Ya estás despierto? Tu mamá te cuida y te quiere mucho. Sigue creciendo para que nazcas fuerte y robusto».

Jesús fue la bendición de María, lo que rezamos en el Avemaría: «...*bendito es el fruto de tu vientre, Jesús*». De igual modo, cada niño es la bendición de su madre.

Durante nueve meses tu madre rezó mucho por ti, para que fueses un muchacho bueno, como Dios quiere. Tú mientras ibas creciendo y robusteciéndote de día en día. Y, cuando ya fuiste lo bastante fuerte naciste. Muchos dolores le costaste, pero eso es lo que menos le importó. Al nacer distes un fuerte grito y lloraste... te pusieron en sus brazos y tu madre te estrechó contra su corazón y te dio el primer beso... Ella lloraba también, pero de alegría. Ahora ya sabes por qué te quiere tanto tu madre.

¡Qué sublime es el plan de Dios!

Dios no quiso crear a los hombres ya desarrollados, como lo hizo con Adán y Eva, porque, de hacerlo así, ¡qué extraño y serio sería el mundo! No habría familias, ya que ésta la forman el padre, la madre y los hijos. No tendríamos padre, ni madre, ni hermanos. Cada cual estaría solo en el mundo. Nadie se amaría. No habría con quién compartir nuestras alegrías, con quién desahogarnos en nuestras penas.

Y no habría niños en el mundo. Sólo el pensarlo nos causa extrañeza; todos serían señores serios o respetables damas. No resonaría la casa con las carcajadas de los niños que juegan. No habría niñez y nos serían desconocidas las innumerables, deliciosas y despreocupadas alegrías de la edad infantil.

¡Qué amor el de Dios al escoger esta manera de conservar el género humano! Directamente sólo creó al primer hombre y a la primera mujer, pero dio a estos dos, y mediante ellos a todos los demás, algo de su propia fuerza creadora; estableció que fueran ellos los que diesen vida corporal a los demás hombres.

¡Plan admirable de Dios creador! ¡Qué profundo respeto nos merece su santa voluntad! Para renovar continuamente la humanidad —acción esencialmente creadora— Él ha querido la colaboración del hombre y de la mujer. Él ha querido que, unidos por amor en matrimonio indisoluble, unan sus cuerpos para el *fin santo* a que los destinó: el nacimiento de un nuevo ser humano, destinado a ser hijo de Dios.

¿Por qué sólo dentro del matrimonio? ¿Cómo es posible que la vida sexual sea una cosa lícita, una cosa santa dentro del matrimonio, y sea mala fuera del mismo? Fácil es la respuesta. Fue Dios quien creó el cuerpo y sus órganos, quien regaló el instinto sexual; por tanto, el instinto en sí es recto, su actividad no es mala; lo que hace Dios, forzosamente es bueno. El malo es el hombre que usa de los dones de Dios *en el momento y en las circunstancias* en que no lo permite. Este instinto sólo puede satisfacerse en el matrimonio. ¿Por qué Dios lo ordenó de esta manera? Dios es Señor absoluto. El que ha construido una máquina sabe mejor que nadie qué cosas necesita la máquina para funcionar bien y no deteriorarse. Dios creó el hombre. El es quien mejor sabe cómo ha de vivir la humanidad para no corromperse. Tan sólo en el matrimonio la satisfacción de este instinto sexual cumple su total cometido, deja de ser mera caza de placeres para volverse en la procreación de nuevos hombres, cuyo cuidado y esmerada educación sólo puede realizarse dentro del matrimonio indisoluble.¹

¹ Los órganos sexuales fueron obviamente creados para cumplir su función: la realización del acto sexual, es decir, la unión sexual de un hombre y una mujer en el amor y la procreación de los hijos, dos fines que no se pueden separar. Ello implica fidelidad entre esposos o futuros esposos y la acogida a los hijos por venir, consecuencia natural de tal acto amoroso.

El pecado del hombre

El germinar de la vida suele traer siempre consigo una gran alegría. Mira en la primavera cómo al desplegarse la Naturaleza gorjea el ruiseñor, arrulla la brisa, zumba la abeja, cuchichea el arroyuelo, todo se alegra del despertar de la vida... Las relaciones sexuales del hombre y de la mujer también van acompañadas de placer y gozo, por voluntad de Dios; así lo dispuso el Señor para que puedan soportarse los muchos sacrificios que exigen el cuidado y la educación de los hijos.

Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre (Mt 19, 6). Este es el plan de Dios. La unión de un solo hombre y una sola mujer *en el matrimonio indisoluble*, es decir, irrompible hasta la muerte, tiene también como fin la procreación y educación de los hijos. Pero, con frivolidad y malicia hoy día, multitud de películas, novelas y diarios pregonan que el hombre y la mujer, aun antes de fundar una familia, y más tarde fuera del matrimonio, tienen derecho a procurarse, bien a solas, bien con otra persona, el goce corporal que, según el plan del Creador, solamente es lícito en el santuario de la familia, en el matrimonio. Y es que no hay un solo don de Dios que el hombre, ingrato, no haya aprovechado para el mal. No podía ser menos con el instinto sexual, cuando el hombre lo desvía de su fin originario.

Misterio sublime

Juzga tú mismo. Dice la Sagrada Escritura: *¿No sabéis que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, que habita en vosotros?* (1 Cor 6, 19). Pues bien: en el templo son santos todos los objetos; también en nuestro cuerpo todo es santo, ya que todo salió de las manos del Creador. Santos han de ser para ti los órganos en que reside la participación de la fuerza creadora, y sólo has de pensar en ellos con el mayor respeto.

En esta fuerza misteriosa que se despierta en ti en la pubertad se guarda misteriosamente, por voluntad admirable de Dios, la capacidad para engendrar nuevos seres humanos. Dios creador extiende un velo dondequiera que empieza una nueva vida. Así, la crisálida, para transformarse en mariposa, se encierra en una envoltura y nadie la ve. ¿Y quién ha visto jamás cómo germina la simiente? Nadie. Allá abajo, en el seno de la tierra, está escondida... y de ella brota una nueva vida.

Este brotar de la vida queda, pues, envuelto en el velo del misterio. En vano busca el hombre el origen de la vida; el mejor investigador siente

al final de su camino que toca el umbral de un santuario cerrado. Un paso más y... se encuentra ante el acatamiento de Dios.

Y *este misterio sublime del Creador*, ¿vas a hacerlo objeto de tus juegos frívolos, de tus afanes de placer y de tus bromas rastreras?

Bien sabes que un día —si contraes matrimonio según el plan de Dios— llamarás a la vida a nuevos hombres, y por eso sientes la enorme responsabilidad que pesa sobre ti, y el deber que tienes de *conservar intacta hasta aquel momento sagrado esta energía creadora de tu cuerpo*.

Al que no es capaz de vivir castamente antes de casarse le resultará muy difícil permanecer fiel y feliz en el matrimonio. La felicidad tuya y de tu familia depende en gran parte de que cumplas la ley del Creador. Según como te comportes en la juventud, según sea tu pureza de corazón, serás responsable de la bendición o la maldición de la familia que fundes.

La buena voluntad, el recto sentir que ahora tienes, se verá expuesto, por desgracia, a mil pruebas y tentaciones. Te acometerán en tropel y te gritarán al oído que *no seas anticuado o atrasado*, que *no esperes hasta el matrimonio* y que *debes aprovecharte ya desde ahora...* que busques el placer sexual donde puedas, cuando puedas y tanto como puedas, que el *hacer el amor* y el placer son el único objeto de la vida. Y te verás aturrido en medio de tanto ruido, y tal vez no sabrás qué hacer, qué pensar, qué norma de vida seguir.

Llegarás a la bifurcación del camino, decisiva, de la que depende la suerte de tu vida. Y te encontrarás con la pregunta:

¿Adónde, por dónde he de ir?

¿ADÓNDE, POR DÓNDE HE DE IR?

Se equivoca el que piensa que dejándose llevar de la debilidad en la juventud, adquirirá ya adulto, una voluntad firme.

En el cruce

¿Conoces la historia de Hércules, el héroe más famoso de la mitología griega? Era la personificación de la fuerza y arrojo varoniles. Su enemigo quiso suprimirle ya en la cuna; puso en ésta dos serpientes; pero el niño, dando ya pruebas de gran robustez, las estranguló. Su vida está tejida de hazañas a cuál más gloriosa. Y, sin embargo, este héroe legendario tampoco se vio libre de aquella prueba a que tienen que someterse los hijos de los hombres; también él se encontró un día en un cruce de caminos y hubo de tomar una resolución definitiva y grave: ¿Adónde, por dónde he de ir?, ¿Qué camino he de escoger?

Acaeció en su mocedad, cuando entraba en la adolescencia. Estaba a solas en cierta ocasión, y de repente vio delante de sí a dos mujeres. Empezó a hablarle una de ellas:

— Veo, Hércules, que estás meditando sobre qué camino has de escoger en la vida. Si me aceptas a mí por amiga, te llevaré por un camino fácil; la vida sólo te brindará placeres, no encontrarás dificultad alguna. No tendrás que pensar sino en comer, beber y satisfacer tus sentidos... Si eres mío, tendrás todos los goces sin trabajo, sin fatiga...

Hércules la interrumpió:

— Mujer, ¿cómo te llamas?

— Mis amigos me llaman Felicidad —contestó ella—; mis enemigos, Culpa.

Se acercó entonces la otra mujer.

— Yo no quiero engañarte —le dijo—. Te digo sin eufemismos que los dioses no otorgan su favor sino al que trabaja y se fatiga. Si me sigues

a mí, tendrás que trabajar rudamente. Si quieres que toda Grecia te alabe por tus virtudes, procura hacer el bien en toda Grecia. Si quieres lograr fama en el combate, aprende bien el manejo de las armas. Si quieres ser fuerte, somete tu cuerpo a las normas de la razón y acostúmbrale a soportar el rudo trabajo.

La Culpa la interrumpió:

— ¿Oyes, Hércules, por qué caminos te quiere llevar esta mujer? Yo, en cambio, ¡con qué facilidad te conduzco a la felicidad!...

— ¡Miserable! —exclamó la Virtud—, ¿Qué felicidad puedes dar tú? ¿Puede haber junto a ti el más leve asomo de ella, si nada haces para conseguirla? Comes antes de tener hambre, bebes sin tener sed. Durante el verano suspiras por tener nieves y hielo. Deseas dormir, no por haberte cansado el trabajo, sino porque has pasado el tiempo en la ociosidad. Procuras el amor antes de que lo pida la naturaleza y causas oprobio a la condición humana con los abusos del placer sexual. Acostumbras a tus seguidores a cometer desórdenes en la noche y a pasar durmiendo las horas preciosas del día.

»Aunque eres inmortal, los dioses no te admiten en su compañía y los hombres bien nacidos te desprecian. Tus jóvenes amigos sufren en su cuerpo; los más avanzados en edad pierden la lucidez de su espíritu. En su juventud se sumergieron en los placeres hasta la saciedad, y ahora, envejecidos, van arrastrando su vida con lamentos. Se avergüenzan de lo que hicieron en días lejanos y sufren las duras consecuencias de haber apurado la copa del placer.

»Yo, en cambio, habito con los dioses y tengo la simpatía de los hombres más honrados. Nada noble se ha hecho en el mundo sin mi ayuda. Los dioses y los hombres me respetan. Los artistas me consideran como su fuente de inspiración; los padres de familia, la guardiana de su hogar. Mis seguidores encuentran sabor en la comida y la bebida, porque las toman cuando las necesitan. El sueño es más dulce para ellos que para los holgazanes, porque lo concilian con el sentimiento del deber cumplido. Gozan del aprecio de los amigos; la patria los honra. Y cuando llega su último momento no pasan a las sombras del olvido, sino que su recuerdo glorioso vive en labios de las generaciones. Hércules, si obras de esta manera, alcanzarás una gloria inmortal... »

Tal es la historia de Hércules, según nos la cuenta el antiguo autor griego, Jenofonte, en el libro tercero de su obra «Anábasis». Tú también te encontrarás un día u otro en el cruce de dos caminos; comprenderás justa-

mente las palabras siempre vivas de la Sagrada Escritura: «La carne tiene deseos contrarios a los del espíritu» (Gál 5, 7); y tú también habrás de tomar una decisión.

De niño a joven

Entre los trece y los quince años de edad, y acaso antes, notas en ti mismo cosas asombrosas y nuevas. Tanto tu cuerpo como tu alma sufren un cambio, como si empezaran a agitarse; se inician en ti fenómenos nuevos y sientes deseos que antes no sentías. Te pasa lo que al mosto cuando empieza a fermentar para trocarse en vino sabroso. Es el período de transición: el niño se transforma en joven que toma conciencia clara de su desarrollo.

Este cambio trascendental invade todo tu ser. Casi diríamos que el niño, condenado a perecer, lucha en ti con el joven que ha de nacer. Así como en primavera la fuerza intensa de la vida sube a las ramas de los árboles adormecidos durante el invierno, y la circulación fresca, rebosante, de la sabia empieza a abrir las yemas, haciéndolas estallar y reventar, así también en la pubertad se agita en ti tu sangre fogosa y remueve tus deseos y pensamientos...

Y tú, ¿qué haces?

Medio aturdido, avergonzado, en plena efervescencia de sentimientos nuevos, sin comprender nada, miras tu alma y casi te sientes como un extraño frente a ti mismo, frente a tu antiguo «yo»; te llenas de inquietud.

Tu organismo se desarrolla

Esta transición de la niñez a la adolescencia es una verdadera tempestad, un vendaval. No temas; todo esto es consecuencia del desarrollo que acontece en tu organismo.

En primer lugar, tu cuerpo experimenta un gran cambio. Tus miembros se alargan, tu figura tiene algo de cómico. No sabes qué hacer con tus manos largas y torpes, a no ser que las metas en tus bolsillos. ¡Qué pronto te queda corto el pantalón! Tus músculos se robustecen, tu tórax se ensancha. En tu rostro de niño empiezan a marcarse rasgos más varoniles. Dentro de poco será una ruina tu bonita voz de niño. ¿No es así?

Todo indica que estás en la primavera de la vida. Y la primavera es un tiempo de valor inapreciable: ¡decisivo para la cosecha de todo el año! Después de una mala primavera es estéril el verano, espantoso el otoño.

En tu primavera

A esta edad, tu estado psíquico se vuelve variable, caprichoso, cambia con facilidad, es egoísta, obstinado, terco, no reconoce autoridad alguna; te endiosas, exiges que todos te aprecien y te aplaudan. Ahora estás de buen humor, un momento después tienes un humor de perros. Te pareces a un día de primavera: por la mañana sale el sol con cara de sonrisas, al cabo de media hora un chaparrón te coge en la calle y te deja calado, y cuando llegas refunfuñando a casa, el sol ya calienta de nuevo con sus rayos.

Eres muy impresionable y cambias a cada momento. Ahora te enardece un entusiasmo que sube hasta el cielo, ahora te sientes hundido en el polvo por sentimientos de derrota y de desesperación, sin que conozcas el motivo. Te irritas con facilidad, refunfuñas, y sin saber por qué, te enfadas, no sabes hablar con normalidad, sino sólo con groserías, de modo ofensivo.

Se apodera de ti el afán de emigrar a tierras desconocidas. La fantasía se subleva, te vuelves más soñador. Te consumes en deseos de aventuras, de gloria; quieres llevar a cabo grandes hazañas. Te conviene estar sobre aviso de esto para no caer en el mal de tantos muchachos, que durante semanas están locos por el héroe de alguna que otra lectura, reviven en su fantasía novelas enteras, y mientras van tejiendo brillantes planes respecto de su porvenir, se descuidan de sus deberes, de sus trabajos, y se quedan muy atrás en sus estudios.

Y, sobre todo, como adolescente deseas ser ya plenamente hombre. ¡Cuánto darías por tener cuatro o cinco años más! De ahí tu esfuerzo y desazón por imitar a los mayores. Y lo sorprendente es que generalmente no imitas sus virtudes y actos meritorios, sino las exterioridades de la vida: el vestido, el peinado, la forma externa de comportarse, de hablar, y, naturalmente, sus vicios de fumar y o de beber.

Acaso no te comprenda tu misma madre. No sabe explicarse cómo tú, que antes eras tan obediente, ahora replicas y eres quisquilloso. Los pequeños te temen, los viejos se enfadan por causa tuya, y todo esto te desespera. No es extraño, porque eres un misterio para ti mismo.

¡Qué feliz si en esta edad encuentras un guía prudente y discreto, en quien consultar con entera confianza tus dificultades! ¡Y qué triste si únicamente acudes, con tus dudas y problemas, a desorientados compañeros!

Nuevos pensamientos, deseos insólitos

Sientes aún otras cosas extrañas. En tu alma, hasta hace poco de niño y, por tanto, serena, armónica, sin preocupaciones, se verifican cambios de importancia. Del subconsciente te surgen pensamientos y deseos que antes ni siquiera sospechabas y que ahora, al encontrarte con ellos por primera vez, te confunden. Recuerdas la tranquilidad anterior de tu espíritu, la serenidad de hace unos años, y en medio de la turbación que te causan tales pensamientos, te preguntas: ¿Qué es lo que me pasa?

No, no. Estate tranquilo: no tienes por qué alarmarte.

Pero quiero decirte una cosa. Has de saber que todo tu porvenir, la rectitud moral de tu vida, se decide en estos años. O el espíritu, que es el único llamado a gobernar, logra enseñorearse de los bajos instintos, y entonces te conviertes en persona de nobles sentimientos, o te sometes como pobre esclavo al yugo de los hábitos pecaminosos.

En este período del desarrollo empieza a manifestarse en ti una fuerza nueva, de que nada sabías hasta ahora, cuya existencia ni siquiera sospechabas: la «atracción sexual».

El plan de Dios es admirable. El niño nace desprovisto de todo, y despacio, gradualmente, va adquiriendo fuerzas, según lo reclama la edad. Al principio no tiene dientes, no los necesita. Pero a los doce meses de edad ya tiene que masticar alguna comida... entonces le salen los primeros dientes. Aumenta el número de éstos a medida que crecen las necesidades. Es cierto que ya al nacer tiene todos los dientes como en germen, pero éstos se esconden bajo las encías, esperando con paciencia su tiempo, el tiempo en que la necesidad reclama sus servicios.

De modo análogo está latente la fuerza sexual hasta la edad de la pubertad. El niño nada sabe de ella, no sabe siquiera que exista, a no ser que le hablen de ella. Pero en esta edad del cambio empieza a despertarse esta fuerza: la «atracción sexual».

Pero ¿qué es esta «cosa» nueva que empiezas a sentir?

En primer lugar, caes en la cuenta realmente, aunque ya lo sabías, de lo que significa que la humanidad esté dividida en dos sexos. En una parte, los hombres; en la otra, las mujeres.

Es un hecho que nunca te había preocupado. Las relaciones que pudiste tener con las niñas se limitaban a esto: a jugar, a hacerles algunas bromas y a divertirte con sus estridentes gritos.

Ahora te comportas de otro modo. Si hablas con una muchacha, se apodera de ti una timidez extraña, que antes no sentías. Por otro lado, te gusta tratarlas y procuras mostrar delante de ellas tus mejores cualidades, reales o imaginarias: aspecto físico, inteligencia, talento, fuerza, simpatía... Y en vez de gastarles malas bromas, intentas ayudarlas; y te echarías de cabeza en un pozo para complacerlas.

El primer amor

Y de nuevo en casa, entre tus libros, has de esforzarte con toda tu voluntad para salir del paso con la lección del día siguiente. Quisieras aprender cómo se eleva un número al cuadrado y cómo se extrae la raíz cuadrada...; pero... de repente notas que a la raíz cuadrada le salen ojos, orejas, boca y ¡un momento —ni tú mismo sabes cómo— ves dibujada en el cuaderno de matemáticas... un bello rostro de muchacha!

Sacas la literatura. Te toca hacer una poesía. Vas escribiendo en el papel una estrofa, después otra y otra...; ya está acabada tu primera poesía... poesía amorosa.

Después te vas dando cuenta de que éstos y semejantes pensamientos te sobrevienen cada vez con más frecuencia, hasta apropiarse de todo tu ser. No hay que darle vueltas: has de confesar que te sientes atraído tremendamente por las muchachas. Algo misterioso empieza a madurar en ti.

Dentro del plan de Dios

Todo este proceso es natural, un día u otro ha de entrar en tu vida. Estos movimientos y sentimientos forman parte del plan de Dios. El instinto sexual que sientes es de suyo algo santo, ya que es participación misteriosa de la fuerza creadora de Dios. Por tanto, no te debe causar inquietud el hecho de sentirlo.

Por su divina voluntad surge en ti el interés y el atractivo por las muchachas, entre las que has de encontrar un día a la compañera de tu vida. Estos intensos deseos que experimentas, son avisos de Dios respecto del trabajo sublime, creador, a que te tiene destinado en el porvenir, y un medio fenomenal, para que dominándolos, te ejercites en la dura tarea de tu futura misión de padre. Esto solamente indica que ya ha empezado en ti el proceso de maduración, y vas preparándote, según los planes de Dios, para cumplir la misión de esposo y padre de familia. El amor, es decir, la incli-

nación recíproca de ambos sexos, en su tiempo y lugar, no solamente no es pecado, sino, por el contrario, es uno de los dones más preciosos de Dios.

Puros hasta el altar

Según la voluntad de Dios, el atractivo por el otro sexo, que empieza a despuntar en ti, se intensificará a medida que crezcas en años, y sólo podrás encontrar su satisfacción en el matrimonio, que el mismo Creador instituyó. Entonces, el acto sexual conyugal, será la plena expresión del amor definitivo hacia tu esposa y hacia tus futuros hijos. Pero, tú estás todavía lejos del matrimonio. ¡Muy lejos!

Por tanto, ahora tienes el sagrado deber de guardar el corazón en su pureza original, en una virginidad incontaminada, dominando el instinto sexual para que esté orientado hacia el amor verdadero, sin darle satisfacción hasta el día en que con tu novia, ante el altar del Señor, os comprometáis a amaros de por vida.

Antes del matrimonio, pues, no hay ningún motivo para que, ni a solas ni con otra persona, des satisfacción al instinto sexual o prestes oído a su voz seductora. No te es lícito complacerte a sabiendas y con plena deliberación en pensamientos, miradas (pornografía...), sentimientos o actos de tipo sexual (masturbación...) que te procuren artificialmente la excitación sexual.

En medio del peligro, en medio del huracán

He ahí, joven amigo, cómo tú también llegas un día, en el proceso de tu desarrollo, a la bifurcación del camino. Delante de ti aparecen, como aparecieron delante de Hércules, la «Culpa» y la «Virtud», y te invitan a seguir sus respectivos caminos.

La Culpa se te presenta en una forma encantadora, y si le das crédito, el instinto sexual querrá mandar en ti cada vez con más exigencia y tiranía. Sus intensas embestidas seductoras turbarán de continuo tus años de juventud, prometiéndote placer inmediato si le das satisfacción. A través de tentaciones incesantes te invitará a abandonar el camino de la pureza; como un diablo que se agita dentro de ti, que te hace promesas y te empuja a echarte de cabeza a los goces sugestivos del instinto.

En el bramar de esta tremenda tempestad casi no te percatas de la noble figura de la Virtud; apenas oyes su voz de amonestación en medio del griterío de los sentidos: ¡Muchacho!, no creas en la Culpa. Consérvate pu-

ro. No peques, ni de pensamiento, contra la pureza de tu ser. Guarda intactos, según el mandato del Señor, tu cuerpo y tu alma; guárdalos para la futura compañera de tu vida. Cree: únicamente así podrás ser un día hombre feliz.

Y el huracán sigue desencadenándose. Has de permanecer firme; has de erguirte inmovible, en medio de las olas encrespadas y espumantes. Has de sostener el combate de las pasiones durante varios años; pero, mira, estos años de guerra son realmente años «que cuentan doblemente». Doblemente, porque en este tiempo se forma en definitiva tu carácter. Ahora se decide la suerte de tu vida entera.

ESCARCHA EN UNA NOCHE DE PRIMAVERA

El mayor atractivo del joven es su integridad moral.

El primer combate

Tenía unos trece años de edad cuando un día estaba viendo una película sensual, de amoríos, con mucho componente erótico. Hombres y mujeres mezclados, de juerga. Los hombres estaban fuera de sí, las mujeres semidesnudas. Copas de champaña que chocan, música desenfrenada...

En el alma del muchacho apareció un deseo, un pensamiento antes no conocido.

“Sí” —gritó una voz en el interior del muchacho—. “No” —le contestó al momento otra voz. De nuevo “Sí”, y otra vez “No”. El callaba. Miraba... miraba con los ojos pegados a la pantalla la escena excitante. Su rostro se encendió, sentía saltar la sangre en sus venas; y al poco tiempo tuvo una eyaculación —la salida del semen al exterior—. Cuando terminada la sesión, salió a la calle y el aire fresco rozó sus mejillas, se apoderó de su alma una tristeza sin nombre: «He cometido pecado mortal».

Volvió a casa. Quiso estudiar la lección del día siguiente. ¡Imposible! Su mente estaba como embotada, su alma llena de turbación. «Iré a confesarme». Y sólo se tranquilizó cuando acariciaron su alma alborotada las suaves palabras del confesor:

— En adelante, ten más cuidado, hijo mío.

— Prometo, nunca más...

Por desgracia, pasados unos días se puso a ver otra película. ¡El título era tan inocente! ¡El despertar de la primavera! ¿Quién podía sospechar tanto desnudo y tanta excitación?

El muchacho no podía consigo mismo. Con los ojos abiertos miraba la pantalla. Su corazón latía con fuerza.

Cuando volvió a casa, los pensamientos eróticos se sucedían en su cabeza. Al acostarse y querer rezar la acostumbrada oración de la noche, sintió el aguijón del remordimiento. «¡Otra vez he pecado!» No pudo conciliar el sueño en toda la noche. Sollozaba el alma, sollozaba con vehemencia. «Mañana iré a confesarme»... Con este propósito se durmió por fin.

Más por la mañana, al despertar, ya no estaba dispuesto a confesarse. Aún más: se animaba a sí mismo de esta manera: «¡A fin de cuentas, tengo que saber estas cosas! ¡No soy ningún chiquillo! Y, además, todas estas cosas sólo me interesan desde el punto de vista científico.»

Por la pendiente

Algunas semanas más tarde, un «amigo» del último curso le llama aparte en el pasillo, durante un descanso, y le mete una revista en el bolsillo:

—Oye: aquí tienes... ¡un bocado exquisito! Está lleno de fotos pornográficas.²

El muchacho se muere de ganas, espera con ansia el toque que anuncie el final de la clase. Corre a casa y empieza a tragarse las fotos.

² Es posible enviciarse con la pornografía tan peligrosamente como con las drogas. Una vez que uno se ha iniciado en el vicio, por curiosidad o debilidad, fácilmente puede hacerse adictivo. Quien se aficiona a las revistas pornográficas ni intenta ser casto. Las vidas privadas de los productores de películas, fotos, y literatura sucias, casi siempre son un desastre, un lastimero cuadro de múltiples matrimonios, divorcios, relaciones sexuales y vicios relacionados. Sus clientes se abren a tales mentes pervertidas y se proveen del estímulo que a su vez los llevará al mismo desastre. La pornografía despersonaliza el sexo. El joven que, parado frente al puesto de revistas fantasea con los cuerpos desnudos, para nada ama a esas mujeres. La pornografía separa completamente el sexo del amor. La pornografía puede llevar a otros males, tales como la blasfemia y la violencia. El que se envicia con la pornografía suele tratar con desprecio a Cristo y a la Virgen María, que serán ofendidos en el lenguaje más vil. También puede conducir en grados extremos al masoquismo y al sadismo (crueldad con uno mismo y con los otros). No debe sorprendernos la anterior progresión. La razón es que cualquier vicio mata el amor y alimenta el odio. Así ocurre en los casos de orgullo, avaricia, gula, o alcoholismo, pero el pecado más común que conduce al odio y a la violencia es la impureza. Ya lo dijo Santo Tomás de Aquino: “La impureza conduce inevitablemente a la violencia”.

Por la noche no puede conciliar el sueño. Lo que inquieta no es, por cierto, el hecho de no tener más que el esbozo de la redacción que ha de presentar mañana en clase. Al fin y al cabo, con una leve mentira ya se excusará. Son las escenas que ha visto en la revista las que bailan en su fantasía y ahuyentan el sueño. También se acuerda de las conversaciones que ha tenido con sus compañeros, quienes le explicaban las diversas formas de conseguir placer con uno mismo. Ese Juan, ¡cuántas cosas sabe!

Un pensamiento sigue al otro. Su corazón empieza a golpear locamente, su sangre se agita. Le gustaría experimentar qué placer se siente al jugar con su propio cuerpo. El deseo le quema a llamaradas. «Estoy solo, nadie me ve»; a probarlo, pues; a cometer ese acto, aunque sepa que *es pecado contra Dios y contra la dignidad humana...*

Destrucción del templo

El primer pecado solitario³ está cometido. El pobre joven se metió por sí mismo en el pantano... se corrompió a sí mismo. El «placer» apenas duró medio minuto. Pero se abrió la primera brecha en el baluarte de la fortaleza... Por esta brecha se escapará poco a poco toda la energía y empuje del alma.

La conciencia adormecida gime al despertar de su letargo. El joven se siente presa del remordimiento amargo que le atenaza. Por un momento contempla su alma pura, hermosa... así como era antes; y ahora, que después de la caída, causa espanto. Si en los entierros lloramos por el cuerpo, que se ve abandonado del alma, ¡cuánto más hemos de llorar ahora por el alma, que se ve abandonada de Dios!

¡Ojalá llorase este joven por profanar su propio templo! Templo vivo de Dios. En esto pensaba San Pablo al escribir su carta: «¿*No sabéis que vosotros sois templos de Dios, y que el espíritu de Dios habita en voso-*

³ El pecado solitario de la masturbación es la respuesta a la autoestimulación con el único fin de procurarse placer. Es un acto puramente egocéntrico. Por su constitución, los órganos sexuales, obviamente, no fueron creados para usarse solitariamente, sino en cooperación con una persona del sexo opuesto. Los falsos “liberadores sexuales” dan por sentado que la masturbación es correcta, con el único fin hedonista. El que acepta la masturbación, acepta la separación de la actividad sexual de la fertilidad, y de esta manera estará más proclive a aprobar la anticoncepción, la esterilización e incluso el aborto.

tros? Porque si alguno profana el templo de Dios, Dios lo abandona. Porque el templo de Dios, que sois vosotros, es santo» (1ª Co 3, 16-17).

Pero el despertar de la conciencia no dura más que unos días. Al cabo de una semana cae en el mismo pecado, y reincide después a la semana siguiente, y la caída es cada vez más frecuente.

Ya ha oído, leído, visto y hecho muchas cosas. Paso a paso se ha ido transformando en un «joven curtido». Durante algún tiempo su conciencia⁴ se debate todavía, como la llamarada de un tizón que está para apagarse, como la fiera caída en la trampa; levanta su voz, de vez en cuando, en las noches silenciosas; pero su acento es cada vez más débil, hasta que un día calla por completo. El silencio envuelve el alma del muchacho. Silencio de muerte.

Es justamente lo que él deseaba: que nadie le cerrase el paso cuando él se lanzaba a “vivir su vida”.

¡Pobre joven! Aplicas el labio al borde de la copa para gustar del placer, y no te das cuenta del veneno que sorbes del fondo. ¡Si te imaginases el trozo de lava endurecida en que se convertirá tu corazón a causa de ese fuego destructor! ¡Y en lo que mostrarán tus ojos!, que puros reflejaban la sonrisa de Dios. ¡Qué lástima! Todo tu espíritu yace ahora sin vida.

La juventud en ruinas

Valentía, generosidad, amor, entrega a Dios, heroísmo, todo lo hermoso del alma... ceden su puesto a la desgana y el vicio en la vida de este joven. Un árbol joven, en plena primavera, cuando tenía que estar cargado de flores, está sin follaje, con el tronco retorcido, con las ramas que cuelgan tristemente. Tal es el cuadro de la inocencia perdida; de la inocencia que el huracán desatado de las pasiones azotó y deshojó. El árbol más lozano ve caer sus hojas, secarse sus ramas, ha sufrido una herida en su tronco y por ella se escapa su savia vital. Tal es la destrucción que el pecado solitario causa en quien se hace su esclavo.

⁴ El remordimiento es la voz de la conciencia, el testigo que nos avisa del mal que cometemos. Su función es como la de una alarma: suena en el momento en que ha ocurrido algún desastre. Ante su llamada, podemos poner el remedio conveniente, o bien, hacernos sordos y no prestarle la atención debida. Cuanto más uno se adentra en el vicio y pecado, menos dispuesto se está a escuchar la voz de la conciencia, hasta llegar a la insensibilidad total. Por el contrario, cuanto más la persona crece en la vida de la gracia y en la santidad, más sensible se hará a esta voz de la conciencia.

Y no creas que ese joven entregado al placer —aunque dé en pago la tranquilidad de su alma— saboree la felicidad. Si así fuese, no correría afanoso en busca de nuevos placeres. Su cuerpo, al que concede los placeres prohibidos, es usurero impertinente. Nunca se harta, aunque reciba un placer tras otro, aunque agote su alma. El resultado es que el alma misma parece convertirse en carne; se hace egoísta, pierde su empuje y se encuentra desolada. ¡Qué profunda degradación! El animal no comete inmoralidades; únicamente las comete el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios; el hombre dotado de razón y de libertad.

Por el camino de la degradación

Al llegar a este punto en la bajada, el joven quiere saberlo y practicar todo, ya ahora, antes de casarse. Se entrega a la fornicación: tiene relaciones prematrimoniales, acude a las casas de prostitución...

Ya no hay secretos para él. Ahora ya lo ha oído, visto, experimentado y hecho todo. Ahora ya es feliz, ¿verdad? No, porque sus ojos revelan una profunda tristeza, porque rinde poco y no puede concentrarse en sus estudios, porque es esquiva su mirada, porque se siente un extraño con los buenos compañeros.

Por otra parte... ¿no es cierto que él ya lo sabe «todo»?.

Sí, lo sabe todo, y... por eso es desdichado; porque sabe que la felicidad que perseguía con ansias —a costa de su pureza— ha desaparecido. *La buscaba donde no podía hallarla.*

Cuando, enardecido, alargó la mano para coger la mariposa de preciosos colores, la mariposa de la supuesta felicidad, ésta se le escapó. En cambio, la mariposa se ha llevado la tranquilidad y la felicidad de su alma. ¿Qué es lo que le queda? Un vacío sin esperanza, sin auténtica alegría y sin estrellas.

Si acercamos a nuestro oído un caracol marino, percibimos la voz sublime de su antigua patria, el mar; así percibe también el joven en las horas de soledad la voz de sus antiguos ideales y de sus nobles afanes; la voz del alma que solloza ahora atormentada.

EN EL FONDO DEL PANTANO

«La fornicación y todo tipo de impurezas... ni aun se nombre entre vosotros, como corresponde a santos; ni tampoco palabras torpes, ni groserías, ni bufonadas, lo cual desdice de vuestro estado.» (Carta de San Pablo a los Efesios, 5, 3-4)

No hay joven que no oiga, tarde o temprano, la voz imperiosa del deseo impuro, el canto de la sirena, canto sugestivo y cautivador, que embruja los sentidos y deslumbra con la fascinación del placer furtivo a la pobre alma. No te previene esta voz de lo que sucederá después de ese momento, hasta dónde te rebajarás, cuánto perderás, qué es lo que te espera; ni de que das los primeros pasos para causar tu propia ruina.

No obstante, su corazón puro, sus nobles ideales, se aprestan para preservarle de la caída; su conciencia estremecida grita en su interior: ¡Oye, no lo hagas, no lo hagas!...

En estos trances se debate. O hacia arriba, por el espíritu, o hacia bajo, hacia lo rastrero, dejándose llevar por la pendiente.

¿Sólo una vez?

Le alentaba la promesa engañosa que se decía a sí mismo: *Tan sólo lo haré una vez*, una vez para ver. No se daba cuenta que tras cometer el primer pecado, es muy fácil caer en los siguientes. Por el camino trillado anda el carro sin esfuerzo, y si llega a la pendiente corre sin que se le pueda detener.

Es un grave error pensar que es mejor ceder a las tentaciones, sobre todo si éstas son muy fuertes, cuando parecen poner un cerco invencible y asaltan aun en medio del trabajo. Piensan que rindiéndose a ellas volverá a la paz. ¡Terrible error! El primer pecado de impureza llena la fantasía de imágenes tan obscenas, tan vivas y tan insistentes, que rápidamente exigen que se cometa otro pecado.

Perros hambrientos, lobos sanguinarios, se esconden en el fondo de nuestra naturaleza caída. Antes de cometer el primer pecado, aúllan en nuestro interior, pero al menos están sujetos con cadenas. El primer pecado les quita el bozal, les suelta sus cadenas, haciéndose entonces muy molestos y exigentes. No des de comer a estas fieras... No sueltes a estos perros rabiosos... ¡Clavarán los colmillos en tu carne y destrozarán tu alma!

«Tan sólo una vez para ver...» —le dice la tentación antes de cometer el pecado—. Y después prosigue: «Ahora ya está hecho; ahora lo mismo da que lo cometas pocas o muchas veces.»

La ley de la gravedad

Hay una ley de Física según la cual todo cuerpo, al caer, no baja con una velocidad uniforme, sino que *ésta se acelera* a medida que el cuerpo desciende atraído por la tierra.

Esta ley de la gravedad rige también en la vida espiritual. El alma tiene sus tendencias, sus inclinaciones torcidas y en cuanto empezamos a ceder, nos arrastran con empuje cada vez más irresistible hacia los oscuros abismos del pecado. *Una sola ligereza*, la primera caída... y entra en vigor la ley de la gravedad.

Así escribe San Pablo: «*Cualquier otro pecado que cometa el hombre está fuera del cuerpo, pero el que fornic⁵*, —el que realiza el acto sexual fuera del matrimonio— *contra su propio cuerpo peca*» (I Co 6, 18).

Sé fuerte desde el primer momento, porque te engañas si piensas que, siendo débil a los principios, más tarde podrás dominarte. Llega tarde la medicina si gimes ya en la esclavitud de un hábito persistente.

¿Quién puede decir en qué momento empieza el otoño? Primero no son más que unas pocas hojas que caen del árbol; poco a poco se queda desnudo el ramaje, y de repente un crudo viento de invierno azota ya los árboles desnudos del bosque.

⁵ La fornicación es el acto sexual entre dos personas que no están casadas. En el adulterio, al menos una de las partes lo está. En los dos casos se peca contra la pureza y la justicia. La frase completa de San Pablo es la siguiente: “Pero sus cuerpos no fueron creados para la fornicación, fueron creados para el Señor. Consérvense, pues, libres de impurezas. Cualquier otro pecado que el hombre cometa deja el cuerpo intacto, pero el que fornic⁵ contra su propio cuerpo peca. No sabéis que vuestros cuerpos son el templo del Espíritu Santo que vive en ustedes”.

Algo análogo pasa con el pecado: insensiblemente, gradualmente caemos más hondo. ¡Ay de aquel que empieza a jugar ligeramente con el pecado solitario o a complacerse en la fuerza de la atracción sexual, y quiere disfrutar *una sola vez* de aquel placer que sólo es lícito en el matrimonio! ¡Cuántos muchachos confesaron entre sollozos, con el alma dolorida, lo que habían perdido, avergonzándose de sus actos, y prometieron reunir todas sus fuerzas, y emprender nueva vida y no volver a pecar jamás! La promesa era sincera; pero en cuando se quedaron a solas y los asaltó nuevamente la tentación, la voluntad era tan débil que reincidieron casi sin ofrecer resistencia. Estaban perdidos.

Roble tronchado

No hay en el mundo placer *más corto* que el de la impureza, ni más caro, puesto que el hombre ha de pagarlo a un precio tan subido como es el de la propia alma.

No te dejes engañar por el aspecto acaso robusto del cuerpo. Se ha debilitado su vigor espiritual. Gime en él el espíritu, aplastado bajo las ruinas. El alma, llamada a ser reina, sufre el yugo vergonzoso de sus pasiones.

Y lo más triste del caso: es difícil salir de este pecado. A medida que se comete va embotándose el alma respecto a toda influencia; son ineficaces los consejos del padre y las correcciones. La fuerza de voluntad se debilita.

El joven quiere y no quiere. Ya por la mañana pierde mucho tiempo porque su voluntad es débil y no logra hacerle saltar de la cama. Si se pone a trabajar, antes delibera largamente por dónde ha de empezar. En medio de grandes bostezos va hojeando ahora este libro, ahora el otro, pero no se decide a estudiar ninguno. Está sentado en un cómodo sillón durante media hora, sin hacer nada, soñando, sin ser capaz de tomar una decisión seria.

De cuando en cuando suspira y piensa con sinceridad: «Oh, si las cosas fueran de otra manera» Quisiera cambiar de conducta, pero nada hace para lograrlo. De tiempo en tiempo se estremece y dice: ¡En adelante seré me controlaré, seré casto...! Difícilmente podrá salvarse si no lo quiere seriamente.

Pasos en falso

¿Cómo ha llegado a tal extremo? No sabía que la vida humana es como una partida de ajedrez, en que cada jugada mal hecha, cada paso en falso, pronto o tarde ha de pagarse.

Las conversaciones obscenas, malas lecturas y actos impuros, al principio raros, poco a poco llegan a convertirse en hábito. No piensa seriamente en librarse de ellos, porque la conciencia ya no se subleva.

Cuanto más se comete el pecado, tanto más exigente es la pasión. La repetición frecuente engendra el hábito y el hábito se convierte en necesidad. Al principio, el pecado no era más que un peregrino casual que pedía albergue para una noche; después ya se instala como huésped; finalmente, manda en plan de dueño.

Según la mitología griega, Anteo, al luchar con su enemigo Hércules, todas las veces que tocaba tierra cobraba nuevas fuerzas. La pasión también cobra nuevas fuerzas y se hace más tirana cuando el alma toca el fango y la suciedad.

Según los griegos, Prometeo robó el fuego del Olimpo, y los dioses, para castigarle, le encadenaron a una roca. Un águila venía todos los días y le sacaba el hígado. El hígado volvía a crecer, y al día siguiente llegaba otra vez el águila... Cuadro angustioso del adolescente que encendió en sí el fuego de la lujuria: sus actos le encadenan a la roca de la vida pecaminosa, y el pecado le roe a diario el alma.

Cuantas más veces se entrega al placer, tanto más ruge en él la pasión: ¡más, todavía más! El joven llega a asemejarse al tonel agujereado: le echan continuamente agua, y nunca se llena. El pecado se convierte en una necesidad, al igual que otros llaman «necesidad de la vida» al tabaco, al alcohol o la droga. Se llega a un estado lamentable: ¡El pecado, necesidad de la vida!

Los viajeros que vuelven de África del Sur hablan de una clase peculiar de serpientes, que con su mirada hechizan a los pájaros. La serpiente no hace más que mirar su víctima, y el pobre pájaro, batiendo las alas, salta de rama en rama; pero no puede resistir, no puede quitar la vista de los ojos de la serpiente; algo lo atrae, algo lo subyuga, algo lo hipnotiza, el ojo embrujador de la serpiente lo domina, y él va acercándose más y más... hasta que la serpiente lo apresa con un rápido movimiento y lo estrangula.

Imagen exacta del alma que cae en brazos de la inmoralidad... al final muere sin oponer resistencia.

Y, sin embargo, el pobre joven acaso cayó sólo por imprudencia o por ignorancia. En muchos casos al principio ni siquiera era consciente. Sintió por primera vez un placer sensual y creyó que era cuestión de juego. Pero en el fondo, se daba cuenta de que aquello era pecado, porque nunca y por nada lo hubiese hecho delante de su madre o de su padre; era cosa que se había de ocultar. Se habría dejado cortar la mano antes de descubrir a su madre o hermano el acto impuro.

El pecado vacía de fuerza espiritual al joven, que incauto cae en sus garras. El águila no puede volar si llenamos sus alas de barro.

Comienza a cambiar

Dejándose llevar de la impureza, el joven malgasta las fuerzas del cuerpo y del alma. Fuerzas que debería invertir en la modelar su vida futura.

Los profesores y compañeros, o bien sus padres, notan el gran cambio que en él se ha producido, cómo ha cambiado en pocos años. Se admiran de que el estudiante de antes, bueno, acaso sobresaliente, sea ahora tan negligente. Se ensombreció su rostro, antes sonriente. El que un día estaba entre los primeros, ahora apenas aprueba el curso. Aunque parezca estar atento en clase, sus pensamientos vagan muy lejos. Su mirada se pierde en la lejanía, alrededor de un solo tema. Sus pensamientos ruedan casi exclusivamente en torno de imágenes impuras que dominan su fantasía. Son las únicas que le interesan. Su energía está paralizada. Su voluntad es débil.

El profesor ya podrá hablar de lo que quiera; el muchacho por nada se interesa. Aunque quisiera, no puede concentrar la atención en una misma cosa largo rato. El director, que le conoce desde hace años por su carácter noble y franco, nota, con sorpresa, que ahora con frecuencia miente. Si tiene el alma roída por el pecado, ¿cómo va a preocuparse de las faltas leves? Ya no titubea ni se ruboriza al mentir. Siente el desorden y la suciedad en su interior; y miente para aparentar delante de los otros una vida honesta, miente con un aplomo que desconcierta. Es maestro en la mentira. Y es que la veracidad es hija de la inocencia, y la mentira es hermana de la impureza.

Juntamente con la sinceridad pierde las demás virtudes: amabilidad, franqueza, gratitud, afecto, entusiasmo por lo bello y lo noble. Se comprende, ya que *la pureza es la piedra de toque de la firmeza moral*. Si falta la pureza, entra la corrupción. ¿Y qué importa el color rojo de la manzana si por dentro la carcome el gusano?

Este joven sufre otra quiebra; fácilmente roba dinero. ¿Qué más da, si ya vivo en pecado? Lo necesita para sus diversiones.

No sabe interesarse por cosas serias. No disfruta de la alegría que brota del trabajo. Siempre divaga. No puede adelantar en ninguna carrera. Emprende el trabajo, y algunas veces con gran empuje, pero le falta la perseverancia.

Este joven se vuelve cobarde, hipócrita, rastrero. Por dondequiera que va, allí deja un aire pestilente. Hasta en las paredes, en los libros o en los baños, llega a estampar los dibujos obscenos de su fantasía.

Y no puede ser de otra manera. Di al fuego flamante que no queme; imposible. Di al mar alborotado que se ponga terso como un espejo; imposible...

El ladrón roba los bienes de otro, pero el que lleva una vida impura se roba a sí mismo el tesoro de más valor: la fuerza del alma.

Al final, la incredulidad

Cuando el joven ha perdido sus preciados valores uno tras otro, llega a la ruina moral completa, a la incredulidad. Habla con desprecio y despreocupación, lo hace con sarcasmo en temas de moral, de religión, incluso cuando habla de Dios. Se enorgullece de su incredulidad. Aunque se le den razones en contra, declara abiertamente: «Yo sé pensar por mi cuenta, no me vengan con cuentos»; es decir, no cree ya en el cielo, en el infierno, en Dios, ni que tiene un alma inmortal. Se ha vuelto un escéptico.

¡Qué diferencia con la postura que han mostrado muchos científicos famosos, los cuales eran creyentes fervorosos!

Me viene a la memoria el epitafio que compuso para su propia tumba el inventor del pararrayos, Franklin: «Aquí descansa, hecho pasto de gusanos, el cadáver de Benjamín Franklin; se parece a las tapas de un libro cuyas hojas han sido arrancadas. Pero espera: el libro no se ha perdido para siempre; antes al contrario, aparecerá de nuevo en forma más hermosa, en edición revisada y corregida.»

Franklin, como creyente, esperaba con fe inquebrantable una vida nueva, una vida más hermosa después de la muerte.

Y Keppler, Newton, Bayle, Linneo, Hérchel, Leverrier, Fresnel,

Fraunhofer, Foucault, Faraday, Lavoisier, Liebig, Pascal, Ampère, Galvani, Volta, Pasteur, etc. con vastos conocimientos, creían firmemente en Dios; muchos de ellos eran católicos convencidos.

Pasteur dijo en cierta ocasión: «Por haber estudiado mucho, tengo la fe de un bretón; si hubiese estudiado aún más, tendría la fe robusta de una bretona.»

Pero dirás que, a pesar de todo, hay científicos renombrados que no creen. No lo niego. Los hay. Pero yo quisiera escudriñar. Yo espero con curiosidad el gran día del juicio, que descorrerá el velo que oculta nuestros pensamientos secretos. Entonces veremos con sorpresa que eran esclavos del pecado muchos de los que atribuían su incredulidad al hecho de no haber podido compaginar la religión con sus «convicciones científicas». No, joven, la ciencia en sí nunca es peligrosa. *La ciencia sólida nos lleva siempre a Dios; y lo que nos aleja de Él es el corazón corrompido.*

«Primero viene la tibieza; después, la duda; más tarde, la oposición; por fin, el odio y la burla. El pensar a medias lleva al diablo; el pensar perfecto lleva a Dios» (F. W. Weber)

¡Cuánta verdad encierran las palabras de la Sagrada Escritura: *El hombre animal no puede percibir las cosas del Espíritu de Dios!* (I Co 2, 14).

¿Por qué «no hay Dios»?

La corrupción del corazón es la que le empujó a la incredulidad. La continua contradicción entre su fe y su vida; el reproche constante que siente en su conciencia; la idea persistente de que «hay Dios» y que «un día tendré que rendirle cuenta de todos mis actos, de todos mis pensamientos...»; tal es el motivo de su incredulidad. «¡Qué tranquilidad si Dios no existe!... Claro... No..., no hay Dios».

Si fuesen el Álgebra o la Física, y no la Religión, las que enseñaran los preceptos de la moral, seguramente nadie tendría dudas respecto a la fe, y, en cambio, serían muchos los que pondrían en tela de juicio los teoremas de Álgebra y de Física... Y lo harían en nombre de la “cultura”, del “progreso”.

Una prueba clara de que, en la mayoría de los casos, la corrupción del corazón es la causa de la *incredulidad* es que ésta normalmente se inicia en la juventud, corre a la par con las pasiones, y al desaparecer éstas, desaparece también aquélla. El niño no es incrédulo, todo lo contrario, ¡qué dichoso se siente con Dios! Y el anciano tampoco es incrédulo; precisamente ancla su única esperanza en la fe, en Dios.

Entre estas dos edades se halla la época tempestuosa de las pasiones, a las que bien pueden aplicarse las palabras de Pascal: «*El corazón tiene*

sus razones que la razón no comprende». Unas son las razones del corazón y otras las de la razón. No cabe duda: es el corazón corrompido el que desmorona la fe; la razón sosegada y disciplinada, nunca. La vida depravada prescinde de Dios, ya que le resulta molesto, pues Él exige de todos la santidad. Quien niega la existencia de Dios es *que tiene interés en que Dios no exista*.

El joven que logra conservarse puro suele ser firme en la fe. En cambio, el que lleva una vida inmoral empieza por no hallar gusto en la oración; después se siente molesto por las prácticas religiosas, por la religión en general, y al final llega a perder la fe. *Es lógico que la pierda.* Ha de justificar su desorden interior, su modo de vivir en pecado; y recurre a toda clase de afirmaciones filosóficas, a libros, hipótesis, a falsa ciencia, buscando teorías para negar la existencia de Dios.

La vida pura no es solamente consecuencia de la fe, sino también su requisito. Para que el espíritu no se vuelva pagano, es necesario preservarlo. Cuida tu alma de modo que desee la existencia de Dios, y así nunca dudarás de Él.

Conoces, sin duda, la leyenda del avestruz: Cuando se ve perseguido, esconde de puro miedo su cabeza en la arena; y así, no viendo al enemigo, se cree que éste no existe. Yo no sé si estos jóvenes incrédulos también esconden su cabeza por miedo: no ven a Dios, no quieren verle...; pero ello no significa que en la realidad Dios deje de existir. Con violencia empujan su razón hacia la incredulidad para no tener que cambiar de conducta.

En cambio, el joven de alma limpia, blanca como el lirio, tiende sus brazos con confianza alentadora y amor hacia Cristo. La Bruyère, profundo conocedor de los hombres, escribe: «Quisiera encontrar a un hombre sobrio, moderado, de vida pura, que negase la existencia de Dios y la inmortalidad del alma; por lo menos, él sería imparcial. Pero ese hombre no existe».

Cuántos jóvenes podrían repetir lo que el escritor François Coppée confesó después de su conversión: «Fui educado cristianamente, y en los años que siguieron a mi primera comunión cumplía con fervor de niño los deberes religiosos. Lo confieso abiertamente: fueron las aberraciones de mis años juveniles y el miedo a una confesión sincera los motivos que me desviaron del camino recto. Muchos de los que se encuentran en situación análoga reconocerán conmigo, si son sinceros, que al principio lo que los distanciaba de la religión no era sino el rigor de ésta en punto a continencia, y que sólo más tarde sintieron la necesidad de hermosear y justificar con sistemas científicos la trasgresión de las leyes morales».

«*Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios*», dice Nuestro Señor Jesucristo (Mt 5, 8). ¿Y los que tienen el corazón manchado? Esos no ven sino excitaciones sexuales, inmundicia y obscenidades.

Si esto es así, no es de extrañar lo que dijera Chateaubriand, el escritor de fama mundial, en una tertulia de intelectuales: «Señores, pónganse la mano en el corazón y contesten bajo palabra de honor: ¿No tendrían valor para creer si tuviesen valor para vivir castamente?».

Todas las veces que oigo hablar de jóvenes incrédulos, de su «modo de pensar más maduro», de sus «ideas avanzadas», de su «juicio libre de oscurantismos», me acuerdo de la frase de San Agustín: «*No es incrédulo sino el impuro.*» Con toda la convicción me atrevo a dar al joven incrédulo el consejo de Pascal: «Si quieres convencerte de las verdades eternas, no multipliques las pruebas, sino domina tus pasiones.» *Rompe con tus pecados... y pronto tendrás una fe firme.*

¿Es esto la alegría? ¿Es esto la felicidad?

Después de haber pagado la felicidad a muy alto precio —con tu alma—, dime: ¿eres realmente feliz?

Me contestas: «...Sí. Por lo menos he conocido lo que es *la vida*».

Despacio, despacio. No lo creo. Te engañas a ti mismo. No eres sincero contigo mismo.

Porque si de verás eres feliz, ¿por qué te abruma esa depresión a veces? Horas en que nada del mundo, absolutamente nada, puede alegrarte. ¿Por qué estás sentado delante de tus libros, con la mirada vacía, perdida en el aire, con los ojos tristes? Tu corazón, ¿no se siente asaltado de dudas? Quisiste tener una «vida alegre»; ¿por qué estás triste?

¿Qué es ese abismo que hay en tu alma, ese abatimiento, ese desconuelo, esa aridez? ¿Por qué es así? Porque la inmoralidad, que con una mano nos ofrece el placer, con la otra nos roba un tesoro de inestimable precio.

¿Y dónde está aquella fuerza que te decía obstinadamente al oído: *Sé libre*? Pues bien: ya eres libre; ya has sacudido el yugo de la Ley de Dios, pero gimes en la esclavitud de tus instintos, nunca satisfechos.

El castigo corporal

Todo el que se deja llevar de la impureza sufre, sin excepción, la ruina espiritual, la propia degradación. Pero puede suceder que sobrevenga otro castigo: la pena corporal, manifestada en enfermedades de transmisión sexual, molestas y algunas veces hasta mortales.

Y es que quien se atreve a perturbar los planes de Dios, reduciendo el cuerpo a mercancía de placer, ha de pagarlo caro. Ya los antiguos médicos, conocedores de las enfermedades venéreas, advertían: «El que no tema a Dios, tema la sífilis.»

Los antiguos mitos griegos hablan de un monstruo, con cabeza de toro y cuerpo de hombre, que el rey Minos había encerrado en el laberinto de la isla de Creta. A ese monstruo se le daban semanalmente, como alimento, siete jóvenes y siete muchachas de Atenas. Los destrozos de este monstruo mitológico se asemejan a la devastación maldita que causa la impureza; en las siniestras fauces de la perdición espiritual y corporal son precipitados hoy día incontables jóvenes.

Se realiza lo expresado en el verso: «El placer y la alegría mueren pronto y aprisa; el dolor dura cien años».

Conoces el nombre de Leonardo de Vinci, uno de los mejores pintores. Has visto la más celebre de sus obras, La última Cena, pintada en la pared del refectorio de un convento de Milán. Pero quizá no conoces el acontecimiento que se relaciona con este cuadro.

Pensaba el artista dónde podría encontrar un modelo adecuado para trazar el rostro sublime de Jesucristo cuando descubrió con entusiasmo, entre los cantores de una iglesia, a un joven que llamaba la atención por su hermosura extraordinaria. Pietro Bandinelli —que así se llamaba— se prestó gustoso a servir de modelo para el rostro del Salvador.

Pasaron meses, pasaron dos años.

Leonardo iba recorriendo calles, malhumorado porque no encontraba modelo para pintar a Judas. Buscaba alguien cuyo rostro revelase bien manifiesta toda la maldad de la que creemos capaz a Judas. Por fin encontró a un hombre, todavía joven, pero envejecido antes de tiempo; tras los rasgos duros de su cara se adivinaba un alma corrompida. Llamó a ese desconocido, le colocó delante del cuadro de La última Cena, y cuando iba a pintar el rostro de Judas, de repente salió un llanto desesperado del corazón del modelo.

El desconocido no era otro sino Pietro Bandinelli⁶. ¡Se había entregado a una vida depravada, y en dos años escasos, el horroroso pecado desfiguró tanto su cara, que ya pudo servir para el rostro de Judas...! Y no era más que una consecuencia exterior, corporal. ¡Cómo estaría su alma!

Cierra ahora el libro y medita con espíritu de oración las palabras de San Pablo: «*Si alguno profanare el templo de Dios, Dios le perderá a él. Porque el templo de Dios, que sois vosotros, es santo.*» (I Co 3, 17)

Responsabilidad tremenda

¡Y si por lo menos te perdieras tú solo! Pero puedes perder a otros que pueden contagiarse de tu enfermedad.

¿Te atreverías a fundar una familia teniendo tal enfermedad? ¿No te daría vergüenza unirse para siempre con una muchacha inocente? ¿Una muchacha que pensaba con ilusión en su futuro esposo, como un hombre de alma sin mancha? ¿Te atreverías a contaminarla para toda su vida, cuando ella, por su pureza, merece un joven digno de ella, puro como ella? ¿Y has pensado también en tus futuros hijos, también inocentes?⁷

Por el contrario, el que no se ha contaminado, el que antes del matrimonio no se denigró con una vida inmoral, deja a sus hijos una herencia más valiosa que si les legara una fortuna de millones. Así me escribía un padre: «Si mi hijo está sano y alegre, si mi corazón se llena de gozo al ver la fuerza y la frescura de su cuerpo, entonces no me pesa haber luchado durante años; me doy cuenta de que no he trabajado sólo por mi propio provecho, sino que lo hice también por la generación futura, algo por lo cual valía la pena fatigarse y sudar».

El único preservativo: evitar el pecado

Algunos de tus amigos querrán inducirte al pecado diciéndote que hoy día ya no hay que temer de ninguna enfermedad de transmisión se-

⁶ Este caso no es una rareza. Anteriormente se podía dar con la sífilis, en el estadio secundario, enfermedad incurable hasta que aparecieron los antibióticos. Hoy día, el virus del SIDA podría dar lugar a una situación similar.

⁷ Actualmente es el SIDA la enfermedad venérea más peligrosa en la transmisión madre-hijo. Hasta un 20-30 % de los hijos de madres infectadas padecerán la enfermedad, si no son diagnosticadas y tratadas a tiempo durante el embarazo.

xual, porque se venden condones seguros⁸ contra la infección, y que si por casualidad te contagias, para eso están los médicos.

En algunas de estas infecciones, mediante un tratamiento largo y paciente es posible, tal vez, mejorar el estado de tales enfermos; pero aquellos «éxitos seguros»⁹, con que te animan tus amigos para inducirte al pecado, raras veces llegan a una curación completa en ciertas enfermedades, y, por lo general, no hacen más que suprimir los síntomas. Éstas siguen latentes en el organismo.

Si te abstienes de pecar no será, en primer lugar, por temor a la enfermedad, sino *por tus principios morales*. Pero aun así, no está de más que sepas esto: según la afirmación de médicos serios, hasta el presente *no hay profilaxis segura contra la infección*. Por tanto, este engaño de tus amigos no es más que un esfuerzo vano para apaciguar sus propios temores; algo así como cuando el niño que tiene miedo en el cuarto oscuro empieza a silbar con fuerza para animarse a sí mismo. La propaganda¹⁰ conoce, sí, estos preservativos seguros contra la infección... más no lo conoce la ciencia.

Según la ciencia, no hay más que un preservativo seguro contra la enfermedad. ¡Uno sólo! ¿Cuál? La abstinencia antes del matrimonio y la

⁸ El condón no es seguro. La tasa de fallo para prevenir el embarazo es de un 13-20 % en un año. La tasa de fallo para prevenir la transmisión del SIDA es de un 30 % al año. Esto es lógico, puesto que el virus del SIDA es cuatrocientas veces más pequeño que el espermatozoide y se han encontrado poros en el látex del condón de hasta 70 micras de diámetro, suficientes para que pase el espermatozoide. Si protegen tan poco en un año de uso, mucho menor será la protección conforme más años de uso. El índice de fallo es del 100% a lo largo de toda la vida.

⁹ En el tiempo en que se escribió este libro la sífilis y la gonorrea podían considerarse incurables, al no haberse descubierto todavía los antibióticos. Su tratamiento paliativo consistía en curas con mercurio, con yoduro de potasio, con salvarsán, que no llegaban a curar de la enfermedad; ésta permanecía latente, y al cabo de unos pocos años reaparecía con nueva fuerza. Hoy día estas enfermedades incurables han sido sustituidas por otras también incurables, el SIDA y el herpes genital.

¹⁰ Realmente, el principal objetivo de la campaña del condón para prevenir el SIDA es impresionar a los promotores, políticos y el público en general de que algo se está haciendo; aunque intenta tranquilizar, no es ninguna solución.

fidelidad conyugal, que es lo mismo que decir: pureza de corazón, castidad. He aquí la profilaxis segura.¹¹

Esperanzas tronchadas

Una mañana contemplaba yo, sorprendido, las aguas del río: corrían por su cauce sucias, llenas de basura. «¿De dónde ha salido tanta inmundicia? —me pregunté—. Hace días que no ha llovido.»

Al día siguiente leí en el periódico que lejos, cerca de las fuentes del río, había caído un terrible aguacero, y que el río arrastraba aquel limo y fango que había recibido allá lejos, «en su juventud», allá donde no era más que riachuelo. De nada le servía que, en pleno curso, cerca de su desembocadura, no se hubiera añadido más fango a sus aguas. No se había purificado.

Este río es un símbolo de la vida... enturbiada de la juventud, sufrirá la maldición toda su vida. Mucho más fácil es conservarse puro que devolver la blancura a la vida una vez ya manchada.

Es lo que se refleja en las cartas de mis jóvenes lectores. Al leer algunas de ellas lo único que se me ocurría era levantar la mirada hacia el Crucifijo que tenía delante de mí en el escritorio: «Señor mío, Jesucristo; ayuda a estas pobres almas que se debaten».

¡Cuánta miseria! ¡Cuántas luchas! ¡Cuántas esperanzas tronchadas! ¡Son tantos los que lloran por el primer desvío! Lloran por aquellos meses, en que conocieron el pecado y no tuvieron cerca de sí a nadie que los detuviese en la pendiente.

Copio a continuación algunas de estas cartas. Tan sólo omito la firma. Saca las consecuencias, para que tú nunca, nunca, tengas que escribir de esta manera.

Reverendo padre:

No sé por dónde empezar. Una fuerza irresistible me empuja a escribir. Escúcheme. Quizá usted pueda devolver la felicidad y la esperanza a esta alma quebrantada.

¹¹ Dos esposos que se han mantenido vírgenes hasta el matrimonio y que después son fieles el uno para el otro, estarán libres de contagiarse de cualquier enfermedad de transmisión sexual.

He sido la esperanza de mi madre, viuda. Al abandonar, hace dos años el hogar paterno, ella me besó y suplicó a Dios que me tomara bajo su amparo. Y Dios me ayudó de veras. Todas mis calificaciones eran de sobresaliente. Pero las del último semestre —¡Dios mío!—, suspenso en tres asignaturas. Y todo ello, ¿por qué? Porque se apoderó de mí el pecado de la impureza... Fui su esclavo, me dominaba por completo. En las vacaciones de Navidad vi en casa de un amigo —Dios le bendiga por ello— el libro de usted, titulado ENERGÍA Y PUREZA. Lo leí, padre. ¿Cómo decirle lo que sentí? Mi alma anhelaba renovarse, y gracias a este libro hice un voto solemne. Y he sido bastante fuerte para cumplir el voto; ya estamos en abril y no he vuelto a caer. Me sostengo desde que leí su libro. Lo tengo todavía.

Padre, escríbame. Me bastarán dos palabras, serán un consuelo para mi alma en plena lucha.

Aquí va otra carta.

Padre:

Permítame que le descubra con sinceridad, sin ocultar nada, la suciedad de mi alma. Un instinto inexplicable me empuja a acudir a usted pidiéndole ayuda. Es un grito del fondo del abismo.

No hace mucho, quizá una hora, cometí nuevamente aquel pecado de que soy esclavo hace ya tres años.

Algo que había visto hacer a un compañero a la edad mis doce años, lo probé una vez y después lo repetí mil veces. ¡Cuánto daría por empezar de nuevo la vida! ¡Vivir de nuevo puro y ser feliz!

¡Cuántas veces pasa por mi alma el loco pensamiento de que esta vida de pecado no es más que un sueño, y que cuando despierte seré de nuevo el niño alegre de antes! Pero el despertar es amargo y triste. Desde la primera caída he ido bajando, bajando siempre por la pendiente. Al principio, mi conciencia lloraba, sollozaba, pero se ve que el placer es un buen narcótico, y así la voz de mi pobre alma se ha hecho cada vez más débil y más señor el cuerpo. No hubo quien me detuviera en la pendiente; no hubo nadie, ya que no me atreví a hablar con mis padres, y con los otros no tenía confianza. Además, me daba vergüenza mi pecado.

Me encuentro como embotado, nervioso. No soy capaz de estudiar, no hay nada que me interese. Mi alma está a oscuras, como apagada y vacía. El placer ha matado mi alma.

No sé ni siquiera creer. Me encuentro en completa bancarrota. Le suplico que me ayude, que me saque del fango.

Otra:

Estimado Padre:

Al leer su precioso libro, me pareció sentir la irradiación del amor de Cristo, y se apoderó de mí un arrepentimiento profundo y sincero.

Ha de saber que también yo, por desgracia, empecé a resbalar por aquella pendiente fatal y en vano hacía propósitos: «Dios es testigo, no volveré a hacerlo». Pero reincidía una y otra vez, aunque me daba cuenta de que corría hacia la perdición, hasta que tuve en las manos su libro. Después de leerlo, sentí los pinchazos del remordimiento; siento todavía que me dice: «Ya lo ves; yo mismo soy la causa de que se hayan marchitado las hermosas esperanzas que acariciaba hace años». Todo me llama a la conversión. Ya comprende usted, ¿verdad?, lo que quiero decirle con esto... ¡Oh, cuánta razón tiene! ¿Por qué nadie me llamó la atención a su debido tiempo sobre las consecuencias terribles del pecado...? Ahora sufro bajo el yugo de esa maldita costumbre en que me inicié.

¡Ah, Padre, aconseje usted a este joven que hace ya tiempo ansía salir de la impureza!

Me da vergüenza. Yo que antes estudiaba y trabajaba... ahora soy capaz de dejarlo todo por un momento de placer...

Esperando su respuesta, se despide de usted:

Otra:

Reverendo Padre:

Por la gracia de Dios, hoy amaneció para mí la alegría.

Mis padres me dieron una educación religiosa. En el quinto curso sufrí un cambio profundo. Malos compañeros hacían delante de mí, sin que yo pudiera evitarlo, cosas indecentes, se mofaban porque no hiciera lo mismo. Pero un día cometí yo ese mismo pecado... Nadie me dijo: «No lo hagas». Sin embargo, la conciencia, siempre despierta, me lo advertía. Había hecho algo malo. Y seguí repitiendo aquello.

Ahora me da vergüenza, sobre todo, sabiendo que «Dios me ve».

Muchas veces sentí deseos de contárselo a alguien. Pero ¿a quién? Ahora veo toda su trascendencia. ¿Cómo llegué a saberlo? Por el libro de usted.

Padre, me pongo en sus manos. ¡Yo quiero tener el alma limpia!

Estudiantes suicidas

He ahí una vocación altísima... pisoteada en el fango; un águila creada para volar en las alturas... debatiéndose con las alas rotas en medio del pantano; una vida joven... en ruinas.

He leído muchas veces que jóvenes de dieciséis, de dieciocho años de edad se han suicidado «hastados de la vida». ¡Hastío de la vida, con dieciséis primaveras! Medita el caso. Un muchacho que casi no conoce la vida, ante el cual se abre risueño el porvenir, con empresas serias, dignas de un hombre... ¡está harto de la vida! No cabe duda de que bastantes de estos suicidios tienen su origen en las desastrosas consecuencias de la impureza.

LUCHA CON EL DRAGÓN DE SIETE CABEZAS

De vida o muerte

A todo joven se le presenta esta importante pregunta: ¿Quién es el jinete, el alma o el cuerpo? ¿Ha de ser tu cuerpo el jinete cruel que instigue al alma sin descanso y le canse y agote?, o bien, ¿ha de ser tu alma el jinete que refrene con brida y rienda el caballo del cuerpo?

Dicho de otra forma, ¿ha de empujarte el instinto sexual, como si fueras un buque sin timón, a la perdición segura?, o bien, ¿has de gobernar con mano vigorosa el barco en medio de la tempestad sin hacer caso de los cantos seductores de las sirenas?

O logras pasar a través de innumerables escollos, venciendo las vehementes tentaciones de la juventud, para cumplir la misión sublime de tu vida, o naufragas en el mar alborotado de tu juventud.

Porque miro a tus ojos, veo en ellos una decisión firme, una voluntad fuerte que promete victoria. Me parece oír tu respuesta: «Estoy dispuesto a aceptar el combate, estoy decidido a todo».

Bien, muchacho, así me gusta. Pero quiero subrayarte una cosa, para que no te desalientes cuando, a pesar de tus esfuerzos, sientas qué difícil es calmar la tempestad; y para que después de mil victorias no te duermas sobre los laureles, sino que perseveres en la lucha.

Considera que luchas contra un dragón de siete cabezas, dragón que busca arrebatarte la pureza de tu alma. Es un enemigo que no podrás aniquilar mientras corra por tus venas sangre joven. Si le cortas una cabeza, le crecerá inmediatamente otra. Si hoy sales victorioso, no sabes por qué lado te acometerá mañana. Estás empeñado en una guerra sin cuartel. Más tarde se calmará algo la tentación, pero nunca cesará por completo; y cuando la serenidad de la edad madura calme ya tu sangre revuelta, aun entonces habrás de estar alerta para conservar tu precioso tesoro. Pero no olvides esta verdad: el placer momentáneo que el pecado puede brindarte es incompa-

rablemente inferior a la felicidad y a la tranquilidad de conciencia que hubieses conseguido saliendo victorioso.

Recuerda a los tres jóvenes que fueron arrojados en un horno encendido, por causa de su fe y por orden del rey pagano de Babilonia. En torno a ellos, el fuego ardía con furia infernal; y ellos, jóvenes heroicos, se paseaban intactos en medio de las llamas, y en sus labios entonaban cánticos de victoria. Dios te dará la gracia, si estás decidido y en Él confías, para salir victorioso de las tentaciones.

¿Te quejas de tener que luchar mucho por la pureza? Pues dime: ¿no ves que en torno nuestro toda la vida es un combate continuo? Si hay algo que no está en lucha, sino que se mantiene quieto y no se mueve, se enmohece, se pudre y perece. Y si en todo hemos de luchar, ¿iremos con regateos cuando se trate de combatir por la pureza del corazón?

Ten ánimo pues. Aunque hayas de luchar con la tentación durante toda tu vida, nadie podrá obligarte a capitular, a deponer las armas... si tú no quieres. Puedes, por debilidad o ligereza, perder una batalla, pero ello no significa perder la guerra, si no te rindes. Levántate al instante. No te canses nunca de estar empezando siempre. Siempre puedes, si tu quieres, levantar victoriosamente la cabeza y llegar a la vida nueva de un alma purificada.

Luchar contra nosotros mismos es el más difícil combate; pero vernos a nosotros mismos es también la victoria más gloriosa.

¡Aprovecha tu juventud!

Te dicen en todas partes: «¡Aprovéchate de la vida! ¡No te reprimas!» Pues bien: tampoco lo prohíbe Jesucristo. Él quiere que aproveches la vida, y para ello te exige esto: disfruta de la vida que Él te dio sin revolcarte en el fango, sin perder tu dignidad... *¡hacia arriba, hacia arriba!*

La juventud ha de aprovecharse, de ella ha de sacarse todo el partido posible. Esto se logra, no dando rienda suelta a todos nuestros instintos, sino trabajando en la formación de tu personalidad.

Si las fuerzas jóvenes están a punto de estallar, si la sangre hierve como lava ardiente en tus venas, *lánzate al trabajo y aprovecha tus energías para cumplir del modo más perfecto posible tus deberes diarios*. Que esté de guía tu *yo superior*, tu espíritu, ejercitando en abnegación y obediencia tus deseos carnales.

¡Eres libre e independiente! —te dicen—. Si al pasar por un puente encima del abismo, aunque seas el hombre más libre e independiente del mundo, no se te ocurre lanzar indignado a la barandilla o pasamanos este reproche: «¿Por qué pones obstáculos a mi libertad?» Y si con todo se te antoja embestir contra ella, caerás irremisiblemente en el profundo abismo. Barandillas son las leyes de la moral. Las podrás sentir como una imposición o limitación; pero, en realidad, son salvaguarda de tu desarrollo moral para no dejarte caer en lo más bajo. Aprovecha, pues, tu juventud, pero no pisoteando la ley moral, la ley que busca tu bien. Sé joven libre, pero joven que sigue con su vida recta la voluntad sublime del Creador.

Mira el rosal cuyos retoños no podó el jardinero. ¿Tendrá fuerza para dar flores? ¡Nunca! Porque malgastó en retoños salvajes las energías más preciosas de su juventud. *Tú eres el jardinero responsable del rosal de tu alma.*

¡Resiste!

Tu firme propósito pronto será advertido por tus malos amigos, que acaso se han sumergido tan profundamente en el pantano, que ya ni se les ocurre el pensamiento de salir del él. Notarán la gran diferencia entre tu criterio moral y el suyo; se darán cuenta de tu cambio de conducta, que ya no participas de sus bromas maliciosas, que ya no estás dispuesto a seguir revolcándote con ellos en el fango. Pronto lo notarán... *y empezarán la más fuerte ofensiva.* Será una verdadera caza la que organizarán contra ti. Se meterán contigo, se burlarán de ti, te echarán la zancadilla a cada paso.

Te hablo de estas cosas porque muchas decisiones dignas se frustraron con el fuego graneado de la burla. El orgullo del joven hizo, por el miedo al ridículo, traición a sus más nobles sentimientos.

—¡No sabía que fueras un santurrón! Mirad ¡qué chiquillo! Todavía no sabe lo que es ser hombre.

—¿Qué? ¿Yo santurrón, yo chiquillo? ¡Adelante! A donde queráis.

¡Cuántos firmes propósitos se quebrantaron de esta manera! ¡Cuántos muchachos cayeron así *por primera vez* en las garras del pecado, tan sólo por querer agradar a los «amigos»! A la segunda o tercera ocasión no necesitan ya que se les provoque...

Más difícil lo tendrás si las circunstancias de la vida te obligan a vivir de forma obligada con compañeros de criterios inmorales (por ejemplo, en un internado, en un cuartel). Porque ser bueno entre buenos es fácil. Pero *conservarse puro en medio del fango ya es más difícil; para ello necesi-*

tas carácter y voluntad. Hay que estar dispuesto a no claudicar ante la aparente burla, a mantener la propia personalidad digan lo que digan.

¿Quién es el cobarde?

Puede ser que te digan: —De modo que no te atreves a hacerlo. Eres un cobarde.

¿Dónde está la verdadera valentía y dónde se esconde realmente la cobardía?

¿Quién necesita una fuerza más equilibrada, una voluntad más firme: el que resiste con temple de acero a las exigencias ilegítimas del instinto sexual, el más fuerte de los instintos; o el que se inclina débilmente a cada sople de las bajas pasiones como caña movida por el viento? ¿Quién monta mejor a caballo: el que con mano firme domina el corcel fogoso y lo hace andar por donde el jinete quiere, o el que se ve arrastrado en un galope salvaje por el caballo sin domar, según el antojo del animal, y después de mil sacudidas e inútiles esfuerzos cae agotado en un charco a la vera del camino?

Y tú ya sabes que la vida inmoral es más inmundada que el charco del camino.

Te dicen a la cara: «¡Qué chiquillo eres, qué tonto! ¡No haberte atrevido a eso!». ¡Ah!, ¡sí! Pero ¿de veras eres un chiquillo? *Porque virilidad significa justamente disciplina y voluntad firme.* Es justamente débil el hombre sin carácter, el que se inclina sin resistencia a las exigencias de los instintos.

¡Sé hombre y no muñeco! Nadie merece más respeto que el joven que, no dejándose atemorizar por la burla, persiste con voluntad inflexible en la formación de su carácter y en el camino que escogió tras madura reflexión. Yo me descubro ante tal joven y le aplico la magnífica alabanza de la Sagrada Escritura: «Él ha hecho cosas admirables en su vida» (Ecl 31, 9). Las hizo cuando con valentía rechazó la tentación astuta que, a media voz, le soplaba un compañero desorientado.

Aunque todos mis compañeros estuvieran manchados por ese pecado... yo no lo cometeré nunca.

Se me estremece el corazón cada vez que veo a un muchacho seguir como mansa oveja a algún charlatán por el camino del mal. Joven de carácter sólo puede serlo el que tiene bastante osadía para ir contra la corriente.

¿Cómo vas a permitir que compañeros de tal calaña hagan torcer el rumbo de tus nobles ideales? ¿Qué valor moral pueden tener esos jóvenes? Son un cero a la izquierda.

¿Te has fijado en los animales? Ellos andan a cuatro patas. No entienden al hombre que camina con la cabeza erguida y que no se arrastra por el polvo como ellos. Porque para los animales, lo ridículo es caminar derecho.

De modo que si tú evitas los placeres seductores, no vayas a creer que eres cobarde. ¿Es acaso cobarde el que evita con pánico los bacilos del cólera y huye de ellos?

Si haces una cosa convencido de que la tienes que hacer, no temas de hacerla abiertamente, aunque la mayoría piense de otra manera. Si obras mal, entonces sí, avergüénzate de tus actos; pero si obras bien, ¿por qué temes a los que te critican sin derecho?

Dime: ¿qué es más fácil, mostrar un carácter firme ante las exigencias ciegas del instinto o rendirse ante las mismas? Y ya sabes que en este terreno el espíritu y el cuerpo han de sostener el más duro combate.

El que no se atreve a levantar la voz en defensa de sus convicciones se parece a una caña flexible, que al ser azotada por el viento se inclina suspirando, pero sin poder detener con su triste gemido el elemento contrario.

Por desgracia, gran parte de los jóvenes no saben andar por sus propios pies; nunca meditan el rumbo de su vida, y se ven sacudidos como las hojas del huracán, por el sentir general de compañeros desorientados.

Alejandro Magno dijo en cierta ocasión a Diógenes:

— Yo soy el señor del mundo.

Y el filósofo le contestó:

— Más bien eres el esclavo de mis siervos, porque yo domino todas aquellas pasiones que a ti te esclavizan.

Pues bien: Yo no quiero nadar a merced de la corriente. ¡Yo he nacido para cosas mayores!

¡Déjalos plantados!

Puede darse el caso de que no tengas más remedio que *romper definitivamente con un amigo.*

En ocasiones será suficiente que no celebres sus bromas y chistes frívolos. Aunque él hable con «chispa» de ciertas cosas, las facciones rígidas de tu cara le darán a conocer sin equívocos tu modo de pensar más noble; le demostrarás que tú consideras pudridero al pudridero, aunque esté rociado de perfumes, y que no tienes ganas de escarbar en él.

Otras veces podrás decir a tu amigo, con toda tranquilidad, que hiere tu dignidad moral, y que no quieres tratar con él de semejantes cosas. Porque realmente es así, te ofende quien supone que encuentras complacencia en la inmundicia. La debilidad es inseparable del hombre; pero alardear de ella es el escalón más bajo de la corrupción.

Tú estás dispuesto a conversar de cualquier cosa con tu amigo, hay múltiples temas. Si, a pesar de todo, el amigo no presta atención a tu advertencia, y se obstina en hablar sólo de temas obscenos o eróticos, entonces, por muy antigua que sea vuestra amistad, *¡rompe con tal amigo!*

Has de percibir los ecos de aquellas palabras de Jesucristo: «Y si tu ojo es para ti ocasión de escándalo, sácatelo y tíralo lejos de ti; más te vale entrar en la vida eterna con un solo ojo, que tener dos ojos y ser arrojado al fuego del infierno» (Mt 18, 9). Si tu amigo te escandaliza, rompe con él, porque es mejor para ti entrar solo en la vida eterna, que ser arrojado con él al fuego del infierno. Sé que acaso te cueste. Pero piensa que él no respeta tus convicciones y tu noble modo de pensar, y ni siquiera se abstiene de faltarte al respeto con su lenguaje grosero; este tal no es digno de que le llames «amigo». Podrá ser tu compañero, tu «compinche»; pero no tu amigo. Como los miembros de una banda de ladrones tampoco son amigos entre sí, sino compinches.

Si alguien empieza a vomitar, ¿no es verdad que el hombre de sentido común no se pone delante para deleitarse con tal espectáculo? De modo análogo, si un enfermo del espíritu arroja por sus palabras el montón de inmundicias de su alma, no hay por qué escucharle. Como los médicos, tú puedes hacer inmediatamente el diagnóstico por la lengua y el modo de hablar de tu compañero, y saber si está enferma o no su alma.

Cuando el pequeño ejército de Alejandro Magno empezó a temblar ante el enorme campamento de los persas que tenía delante, ¿sabes con que les animó el emperador?: «¿Por qué teméis? Si bien es verdad que allí hay muchos enemigos, hay pocos soldados». ¿Por qué motivo pudo decirlo? Porque sabía que los persas llevaban una vida inmoral.

Por tanto, si vienen tus compañeros corrompidos y se esfuerzan en «explicarte» ciertas cosas, levántate con valentía. A veces basta una mira-

da sería para cerrar su boca. No te asustes, piensa que «cerdo es el que se deleita en la suciedad» (Horacio). Si eres hombre, sé hombre, ten principios y fe. Y sé coherente, aunque hubieras de pagarlo con sangre. Antes reniega cien veces de tu vida que de ti mismo. Porque ser hombre significa sujetar con cadenas a la fiera que está dentro de nosotros. Porque ser joven significa irradiar con tus ojos brillantes la alegría esplendorosa de la vida.

¡A mí no me daña!

Y no te engañes con la excusa, harto frecuente, de que a ti no te corrompe éste o aquel libro, que excita tu sensualidad; ésta o aquella imagen; ésta o aquella película; éste o aquel amigo corrompido. ¡Funesto error! Olvidas que hay remolinos tan peligrosos, que el nadador más vigoroso procura evitar, y no por ello se le ocurre a nadie decir que es un cobarde.

No hay hombre en el mundo que pueda librarse por completo de la influencia del ambiente. ¿Y tú alardeas con petulancia de que no te dañará? ¿Puede el molinero, que está moliendo continuamente, afirmar que él no recibirá el polvo de la harina? ¿Y darías crédito al deshollinador si afirmase que él no se manchará de hollín? No presumas demasiado. El fuerte es aquel que sabe que es débil.

¡Contra corriente!

Es posible que hoy día, para defender tus convicciones, tengas que ir muchas veces contra la corriente; pues, el que no nada contra corriente, es arrastrado, desciende. Oponete al sentir general de la sociedad moderna, que no se escandaliza de nada cuando se rebaja a la mujer convirtiéndola en objeto de placer. Sé que necesitamos una revolución para cambiar este concepto moderno y frívolo; y sé también que el que quiere hacer revolución en este punto ha de tener más valor que si tuviera que ir a las barricadas. Pero es de esperar que vengan tiempos mejores, en que se caiga en la cuenta de la incoherencia pasmosa de hoy. Se mira con el mayor desprecio al que estafa, al que roba; pero, al mismo tiempo se admite —y aún más: se festeja— a los ladrones de la dignidad de la mujer, a los tiranos que la comercializan como un objeto más.

Trabaja con tu palabra y con tu ejemplo por el advenimiento de una nueva civilización, la del auténtico amor. Empieza por tus propios pensamientos y sentimientos.

Soporta la incomprensión

Es un cobarde el que no sabe soportar, por coherencia a sus convicciones, la incomprensión de los demás. Hubo niños que, por amor a Jesucristo, fueron capaces de sufrir sin una palabra de queja los zarpazos de fieras hambrientas y los más crueles tormentos¹².

Vito, de catorce años, fue puesto en una caldera de aceite hirviendo, y supo sonreír... ¡por amor a Cristo!

Pelagio, de trece años, soportó durante seis horas que le cortarán los miembros de su cuerpo uno tras otro; supo soportarlo... ¡por amor a Cristo!

El sarcasmo, las seducciones de tus amigos, se explican muy bien. ¡Cuando un cerdo se revuelca en el fango, gruñe satisfecho a sus compañeros, para que ellos también se metan en el charco... fino, blando, perfumado! ¡Qué gruñir de desprecio manifiesta cuando nota que hay alguien que no quiere acostarse junto a él en la inmundicia!

El que quiera ser esclavo de sus instintos, que se sumerja en los placeres; pero el que guarda aprecio de su carácter y quiere llegar a tener una personalidad armónica, ha de conservar intactos su cuerpo y su alma hasta llegar al sacramento del matrimonio, instituido por Dios.

«Valiente es el que vence al león, valiente el que vence al mundo, pero más valiente es todavía el que se vence a sí mismo» (Herder).

La barba te saldrá por sí misma; las piernas te crecerán sin que te des cuenta; pero el verdadero carácter no brota espontáneamente. Por él has de luchar día tras día.

¡Qué se barran las calles!

Tú podrías hacer algo contra la extensión del contagio inmoral. Hay que declararle el boicot: «¡Exigimos que se barran las calles!» Bien o mal,

¹² Muchos santos han aceptado el martirio para conservar su castidad. El caso más actual lo tenemos en Santa María Goretti, una adolescente italiana que resistió los repetidos intentos de seducción y finalmente murió apuñalada. Su asesino luego se arrepintió y después de cumplir en la cárcel su condena, vivió muchos años trabajando para el Señor, y llegó a presenciar la canonización de la santa. Un centenar de cristianos mártires de Uganda sufrieron en el siglo pasado el martirio ante el enfado del rey, que intentaba sin éxito seducirlos y tener con algunos de ellos relaciones homosexuales.

ya se retira la basura... Pero nosotros exigimos una limpieza de calles tal, que una escoba barra sin contemplaciones los anuncios y escaparates de librerías y tiendas, y reúna en un lugar adecuado, entre la basura de todos los días, aquel montón de provocaciones y excitaciones artificiales que bajo el eufemismo de «libertad» buscan esclavizar al hombre y hacer de la mujer un objeto de placer. Si se declara la peste en alguna parte, ¿sabes cuál es la primera medida que se toma? Exterminar las ratas, porque son ellas las que propagan el mal. Así tendrían que ser exterminadas también las ratas de la peste moral.

Seguir mirando con los brazos cruzados la propaganda erótica, que trata de que consumas a base de excitar tus bajas pasiones, es señal de necedad y decadencia. ¿Por qué, pues, no echar mano del medio legítimo de la propia defensa: declarar el boicot a los piratas de la calle?

Es lástima que la virtud, al enfrentarse con el pecado, siempre sea más tímida y el pecado más atrevido. Y no ha de ser así. Hemos de defender con tesón nuestros derechos. «¡Tenemos derecho a la calle!» La ley reconoce este derecho y nos protege para que nadie nos ataque en la calle. ¿Por qué han de consentir tantos jóvenes tener que pasar con los ojos bajos por delante de ciertos anuncios, con cierta cautela, para no dejarse excitar y mantener su dignidad? Es todo un vil pisoteo de la ley moral. ¡Pedimos policías y barrenderos de la calle!

Declara el boicot. Si en una tienda ves anuncios provocadores, manifiesta tu desagrado al comerciante. Si no te hace caso, procura no comprar allí. No vayas a comprar donde se vende veneno espiritual e inmundicia. No se pueden describir la miseria moral que semejantes libros, películas y anuncios han propiciado en la juventud.

ES POSIBLE

¡No es verdad! ¡Mil veces no!

No es verdad lo que te dicen algunos amigos, a falta de otros argumentos, para hacerte vacilar en tu firme propósito de llevar una vida pura y guardar continencia. No es verdad lo que dicen algunos médicos y psicólogos, que se atreven a hablar de «los perjuicios que causa la abstinencia antes del matrimonio». Como es natural, bastantes jóvenes encuentran en ello la excusa para los pecados propios. Los que dan tales consejos cometen un crimen infame.

No es verdad lo que te repiten hasta la saciedad: «En vano te esfuerzas por conservarte puro hasta el matrimonio; esto es absurdo, imposible. Quieres lo imposible. La juventud ha de tener expansión. Hay que aprovecharse de los años jóvenes. Tan sólo un modo de pensar reprimido puede exigir a la juventud una vida pura. Un cuerpo joven, bien desarrollado, rebosante de fuerza, es incapaz de ello. El deseo sexual es como... la respiración, como el latido del corazón. Viene espontáneamente, no tienes tú la culpa. Y lo que es ley de la Naturaleza no puede ser nocivo ni hay que suprimirlo. ¿Por qué te esfuerzas? Te pondrás enfermo, mal de los nervios, si acallas las exigencias de tus instintos, si esperas hasta casarte. Mira: también Juan, también Pablo, fueron a ver al médico, y éste les aconsejó que... adelante, sin temor; tan sólo con prudencia, con cautela...»

Pues a esto digo yo: «¡No es verdad!» *No es verdad que un organismo joven sea incapaz de guardar continencia. Y no es verdad, mil veces no, que como consecuencia de vivir castamente hayas de ponerte enfermo.*

Qué dice la ciencia médica

No es verdad que la vida pura dañe en lo más mínimo a la salud. Enséñame un solo trabajo de especialistas, un trabajo serio, cuyo autor se atreva a responder de sus afirmaciones delante de la ciencia; enséñame un

solo médico que pueda presentar con pruebas una sola enfermedad originada de la continencia. *No lo encontrarás en toda la Tierra.*

La Iglesia Católica exige el celibato de sus sacerdotes *durante toda la vida*, y ellos, a pesar de todo, no se ponen enfermos; antes bien, suelen vivir igual o más tiempo que los demás. En cambio, hay millares de libros que tratan de los espantosos destrozos causados por la vida de libertinaje.

Ningún médico ha podido probar enfermedades en el varón cuya única causa haya sido no dar satisfacción al instinto sexual. Fisiológicamente queda probado por el hecho de la polución nocturna, fenómeno completamente natural, que tienen los que viven una vida pura y que les vacía del esperma acumulado.

Para afirmar que la vida moral daña a la salud, o sostener — en contra del hecho palpable que ofrecen los muchos ejemplos de hombres continentales, que luchan varonilmente y se vencen así mismos — que vivir según la moral cristiana es imposible, se necesita no solamente un grado más que regular de desvergüenza, sino también el oscurecimiento de la mente que una vida inmoral regularmente trae aneja. Los postulados médicos y morales van paralelos, concuerdan perfectamente.

Un mar de miserias, de degradación, de enfermedad¹³ y hospitales psiquiátricos¹⁴, acompañan a la vida depravada. Medita la maldición de *una sola noche* que padecen miles de personas durante años, la ruina espiritual y corporal a la que pueden llegar...

Medítalo y después cuéntalo a tus amigos que hablan de la imposibilidad y las influencias nocivas de la continencia. Muéstrales los numerosos hospitales en que sufren por millares las pobres víctimas de la inmoralidad. Y ruega a tus amigos que, a su vez, te enseñen, si pueden, un solo hospital en que se someta a tratamiento a aquellos que enfermaron a causa de la castidad. *¡Que te enseñen uno, nada más que uno!*

Por otra parte, la vida pura hasta el matrimonio es la más llevadera, no sólo moral y estéticamente, sino también desde el punto de vista médico. La perfecta continencia no causa el menor daño. El que sostiene otra

¹³ Se conocen hoy día más de veinte enfermedades de transmisión sexual.

¹⁴ En los tiempos del autor, no descubiertos todavía los antibióticos, era frecuente que la sífilis llevara a la locura o psicosis a los pacientes en las fases más tardías de la enfermedad, por afectación orgánica del cerebro. No existía tratamiento curativo. Actualmente es el virus del SIDA el que puede producir psicosis en su fase terminal.

cosa se equivoca, o bien busca excusas vanas para justificar su falta de autodomínio.

Todo hombre normalmente desarrollado puede vivir castamente. Para un joven que trabaja con vigor, corporal y espiritualmente, y se abstiene de la excitación artificial sexual y de lo que embota la voluntad y la reflexión, como las drogas y el alcohol, la continencia no es un imposible. Su salud no sufre por ello. Nunca se ha encontrado ninguna psicosis (enfermedad mental) que haya tenido su origen por llevar una vida pura, sí como consecuencia de la sífilis o de otros desórdenes.

Las enfermedades originadas por los excesos sexuales son tratadas en voluminosas obras médicas, mientras que la originada por la vida casta, todavía hoy están esperando al escritor que les dedique un libro. No se conoce ninguna enfermedad o debilidad de la cual sea lícito o posible afirmar que tiene su origen en una vida completamente pura y moral.

Las ventajas de una vida casta las experimentan sobre todo los jóvenes. Su porvenir, y principalmente la felicidad de su matrimonio, depende de la vida que hayan llevado. En ellos la memoria suele ser más fácil y tenaz, el pensamiento más vivo y fecundo, la voluntad fuerte, el carácter adquiere temple de acero... Ningún vidrio, que descompone la luz, muestra colores tan espléndidos como el prisma de la pureza, que deja transparentar todos los colores del arco iris sobre todas las cosas de este mundo, comunicando una felicidad sin medida.

Y lo que vemos en el campo individual lo observamos también en la vida de los pueblos. La Historia, que conoce grandes pueblos que llegaron a la decadencia por la inmoralidad, no conoce, en cambio, un solo pueblo que haya perecido por causa de sus buenas costumbres.

Dios y la naturaleza

No puede ser de otra manera. Has visto que las leyes santas del Creador exigen continencia completa antes del matrimonio. Esas leyes pueden cumplirse, sino Él se contradiría a Sí mismo... y esto es imposible.

En la lengua teutónica la palabra «sano» y «santo» proceden de la misma raíz; esto ya nos indica que lo que hagamos según la voluntad de Dios no puede ir en detrimento del cuerpo. Y es justamente la falta de continencia en la juventud, la vida inmoral, la que castiga la naturaleza con enfermedades.

No es casualidad el que entre los animales no haya enfermedades de transmisión sexual, precisamente porque ellos no son capaces de cometer

desórdenes sexuales. Únicamente el hombre, por su libertad, los puede cometer. Aquella fuerza creadora, que aprovechada según la voluntad de Dios es fuente de vida, se convierte, por los abusos del pecado, en castigo y enfermedad.

Casto de cuerpo y... alma

Si hay perturbaciones nerviosas cuya causa, según algunos, es la continencia sexual, éstas nunca se presentan en personas de pensamientos puros y que apartan las imágenes obscenas de su fantasía, sino sólo en aquellos que con lecturas, compañías, etc., han excitado su apetito sexual con la fantasía u otros estímulos sexuales, y después se han abstenido del acto sexual únicamente por miedo a las consecuencias inmediatas.

Estos trastornos nerviosos no son debidos, por tanto, a la violencia de la lucha por la pureza, sino al juego terrible de alimentar pensamientos, deseos, etc., que después siguen como líquidos corrosivos actuando en nuestra psicología espiritual y corporal del subconsciente y nos hacen invertir tesoros enormes de energía para contenerlos en su tendencia irresistible a la realización. Y entonces viene la caída o el estado de mal genio, etc. Son las consecuencias psicológicas de los pensamientos impuros no satisfechos. No es, pues, la pureza causa de enfermedades, sino el pretender ser *puro de cuerpo* sin serlo también del *alma*.

Sí, la vida pura es posible, y no sólo posible, sino además muy salvable, con tal de que se guarde no sólo corporal, sino también espiritualmente. Evita, por tanto, los primeros pensamientos y deseos placenteros que llevan a la acción; porque —la psicología del subconsciente lo ha demostrado— ningún acto interior muere totalmente en nosotros.

¿Quién es el que no puede permanecer casto?

El que únicamente quiere abstenerse del *acto exterior*, pero se entrega a pensamientos obscenos y consiente en deseos inmorales, pronto o tarde llegará a los hechos. *Porque en este terreno no hay parada en la mitad del camino*. El cuerpo y el espíritu están en íntima correspondencia, y los tropiezos de éste último influyen en la debilidad de aquél.

En este punto no hay que ser benévolos; no se puede contemporizar. No podemos tranquilizarnos con que «tan sólo llego con el pensamiento hasta el punto en que todavía no hay pecado, y no doy ni un paso más

allá». Imposible. El que es impuro en sus pensamientos a sabiendas y en ello consiente, ya ha cometido pecado.

Por tal motivo, es de gran importancia mantener puros *los pensamientos*. La excitación del cerebro se transmite a los órganos sexuales. Y el instinto excitado reclama a gritos la acción inmoral. Claro está que no puedes sofocar el incendio abrasador; pero ¿no has sido tú el que has hecho saltar la primera chispa?

Sabías que en ti duerme una fiera. ¿Por qué la has despertado?

Sabías que la excitación sexual es como el fuego. ¿Por qué has jugado con el fuego?

Sabías que no es lícito fumar en un polvorín. ¿Por qué lo has hecho?

Es una evidencia: el que de pensamiento, ya estando solo, o leyendo libros obscenos, o viendo películas inmorales... peca contra la pureza y consiente que esos malos pensamientos se erijan en tiranos, nunca podrá ser continente en sus actos.

Pero que el joven puro, en los pensamientos y en todo el concepto de la vida, le sea imposible la continencia o que ésta le dañe la salud en lo más mínimo, ¡esto no es verdad!, ¡no y mil veces no!

El que vive sobriamente, cumple sus deberes a conciencia, trabaja con seriedad, hace deporte y evita las compañías frívolas, las lecturas inmorales o las películas excitantes... y las desprecia como cosas de las que se aprovechan los que hacen negocio con el sexo, muy poco se sentirá molestado por los incentivos rebeldes, y con pequeño esfuerzo de la voluntad podrá fácilmente vencerlos.

¡ANTES MORIR QUE MANCHARME!

Joven, mírame: mírame de modo que yo pueda ver bien tus ojos. Así... ¿Ves? ¡Esto es lo que esperaba! La llama de una voluntad inquebrantable brilla en tus ojos. Me revelan el propósito que has concebido en el fondo de tu alma: «Si Dios me ayuda, aunque se derrumbe el mundo, aunque tiemble la tierra bajo mis pies, aunque las estrellas caigan sobre mí... antes morir que mancharme».

Bien, muchacho. *Esto esperaba de ti. ¡No, no lo quieres! Lo he visto en tus ojos.*

Pero acaso descubra otra cosa en tus ojos. Veo una sombra, triste, dolorosa. Te turba de continuo la imagen de los pecados pasados. La tristeza solloza en tu interior. Y ahora te viene el triste pensamiento: ¡El templo de mi alma hace tiempo que yace en ruinas... hace tiempo que está derruido!

No, joven, no debes desalentarte. Somos responsables de nuestros actos en cuanto tenemos conciencia de su malicia *en el momento de cometerlos*. Tan sólo el Omnipotente sabe si los deslices de tu niñez o juventud pueden o no considerarse como pecados y hasta qué punto. No te lamente tanto de las antiguas caídas, sino prepárate para una vida nueva.

No te consumas en amargura por lo ya pasado, sino alégrate por la vida pura que te espera.

Conoces la parábola del hijo pródigo. Has oído o leído de aquel hijo menor que pidió a su padre la rica herencia y se fue de casa y gastó todo su caudal, y acuciado por el hambre, se puso de porquerizo, y llegó al extremo de no poder satisfacer su hambre, ni siquiera con las algarrobas que comían los cerdos...; y recuerdas que allí, en medio de la miseria y de innumerables humillaciones, cruzó por su mente, como última esperanza, este pensamiento: *Me iré. Volveré a mi padre... quizá él tenga conmigo entrañas de misericordia*. Y el padre le abrió los brazos y le estrechó contra su corazón, porque había vuelto...

Una voluntad energética, una decisión firme, necesitaba el hijo pródigo para dar ese paso. Porque pesaba en él un hábito inveterado; pero se puso en pie y con decisión inquebrantable, con perseverancia en su buen propó-

sito, alentado por la esperanza de un porvenir más puro, se puso en camino... hacia la casa paterna.

Sirva para aumentar tu confianza la frase de Séneca: *«El que quiere curarse, ya está curado en parte.»*

En la tierra, mas no de la tierra

Sé que algún joven pensará alarmado: Hoy ya no es posible realizar tan bello ideal. Tal como están las cosas... Vivir en medio de un mundo permisivo: ir al colegio, a la universidad y tratar con compañeros que tienen un concepto completamente opuesto de la vida; ver películas, moverse en el remolino de una ciudad moderna, y no tener vértigo... ¿quién es capaz de tanto heroísmo?

Mira, joven, ¿ves la rosa? Sus raíces están en el fango, en el frío suelo, en la oscuridad, y, no obstante, sus pétalos aterciopelados y encendidos, ¡qué pureza exhalan! Su raíz está en el fango, pero ella no se salpica de barro; crece en el polvo, pero ella nunca se cubre de suciedad.

Camina tú también en la tierra, pero sin que tu alma llegue a tocar el fango.

¡Pues bien! ¡Aunque te envuelvan nubes de polvo, debes sacudirlas! ¡Aunque en torno tuyo no haya más que fango, nunca debe mancharte! ¡Aunque todos vivan en suciedad, tú nunca, nunca!

¡Antes agotarse, quebrantarse... que ceder un ápice del noble modo de pensar!

Ánimo a los combatientes

Aunque caigas una y otra vez, Nuestro Señor sabe que el pecado ya no es el mismo que antes; ve tus esfuerzos, sabe que ya no quieres pecar, como lo querías antes; que ahora es la triste y maldita costumbre la que te hace caer; que sinceramente, con toda el alma, quisieras levantarte. No temas, no te desalientes... Sigue luchando con tesón, corre aprisa hacia la victoria definitiva, después de la cual no habrá ya caídas.

Ningún hombre ha llegado todavía a tal punto de degradación que ya nunca jamás pueda ser bueno. No hay pecador que no pueda levantarse.

El águila de la libertad

Un águila real llegó a parar en manos de un malvado, quien le puso una cuerda a las patas y la ató a una roca. ¡Cómo se debatía la pobre águila para escaparse! Pero en vano. Por fin llegó a cansarse de esta lucha, lucha de largos años, y el sentimiento abrumador del cautiverio se apoderó de ella por completo. Pero durante todo ese tiempo la cuerda se había ido desgastándose con el roce y ya estaba a punto de romperse; pero la pobre águila ya no se movía. Allí quedó acurrucada, con los ojos bajos, y delante de ella el inmenso cielo; en su corazón, el deseo intenso de la libertad; en sus alas, la fuerza...; todo inútil, con dar un pequeño empujón habría bastado, con un último esfuerzo.

¿Puedo yo enmendarme todavía? — ¡Sí!

¿Quiero enmendarme? — ¡Oh, sí!

Pues ¡a empezar! A lanzarme a las alturas.

¿Cuándo? ¿Algún día? No, algún día, no. Hoy mismo, en este mismo instante.

¡No es tarde! Me levanto, emprendo el camino hacia casa... hacia la vida pura, hacia la juventud alegre, hacia un porvenir más hermoso y lleno de promesas...

Tú sabes, que si eres esclavo de ese pecado desde hace mucho tiempo, tu liberación no será fácil. ¡Cuántas veces sentirás tu alma presa del desaliento, al ver que tus propósitos se frustran una y otra vez, al ver el hábito te oprime con una fuerza inmensa! He caído de nuevo, y, sin embargo, ¡cómo prometí no reincidir jamás...! Vencerás... si logras pasar algunas semanas, algunos meses sin pecado. En este caso ya tienes la causa ganada; porque te vas convenciendo de que tienes todavía voluntad y el saberlo da temple a tu decisión. De ti depende la salvación de tu propia alma.

Por la integridad de tu alma

¡Joven, sé tenaz! Grita en la tentación: *¡Para mayores cosas he nacido!* Conserva tu pureza. No te dejes impresionar por nada que sea impuro: por mucho que brille en el exterior, encubre inmundicia y podredumbre. Evita las ocasiones: los malos compañeros, las conversaciones, los libros, las películas frívolas y tentadoras; en una palabra, todo cuanto te lleva a la impureza. Busca lo que te comunica fuerzas: moderación, trabajo serio, diversiones limpias, ayuda al prójimo, deporte, amistad sincera, oración...

Nelson, famoso almirante inglés, antes de la batalla de Trafalgar, comunicó a toda su escuadra, mediante señales de banderas, la siguiente orden: *Inglaterra espera que cada uno de ustedes sabrá cumplir con su deber*. Más todavía espera Dios de ti que te conserves puro.

El tesoro más valioso de una nación no son los medios de comunicación, los grandes almacenes, la industria, las minas de diamantes, sino una juventud incontaminada, una juventud que sabe entusiasmarse y sabe trabajar, una juventud alegre y pura. Perder la integridad territorial no es mal tan grave para una nación como lo sería perder la integridad espiritual de su juventud. ¿Cómo puede brotar la vida de corazones destrozados, de esperanzas truncadas?

Por la felicidad de tu alma

A través de la experiencia se llega a la conclusión de que los mejores planes son los del Creador: «¿Qué utilidad trae a Dios — dice la Sagrada Escritura— el que tú seas justo?, o ¿qué le das a Él si tu proceder es sin falta? (Job 22,3). Realmente nada. No reporta a Dios ninguna utilidad ni detrimento el que tú cumplas o no cumplas el sexto mandamiento. Sus eternos designios de todos modos se cumplirán. *En cambio, a ti te importa mucho vivir según las leyes divinas, porque de ello depende el rumbo de tu vida terrena y la suerte de tu vida eterna*. El destino de tu alma, la formación armónica de tu personalidad, dependen de esto: de que aceptes o rehúyas el combate de la pureza. El que no sabe acostumbrarse a la virtud cuando joven, no sabrá deshacerse de los vicios cuando viejo.

Te conozco bien, joven. Tu ideal es ser un hombre equilibrado. Justamente por tal razón te encarezco: el perfecto carácter varonil exige fuerza de voluntad; una fuerza dispuesta a imponer el predominio de nuestra parte mejor, de nuestros afanes espirituales sobre las exigencias de las bajas pasiones. Tú bien sabes que si los instintos sexuales levantan pronto la cabeza, si gritan y alborotan mucho antes del matrimonio, *no por ello has de darles satisfacción*. No tienen derecho a exigirla.

Si quieres lograr algún día una personalidad rica y equilibrada, lo que hoy no es más que un puro objetivo, has de trabajar arduamente. El carácter no es un regalo para el día de tu cumpleaños, sino que es un tesoro que se ha de adquirir a fuerza de lucha.

Para escalar una cumbre, tienes que sudar antes de llegar a la cima. Cuanto más alto sea el ideal que persigues, tanto más costoso resultará

conseguirlo. Para un joven no hay objetivo más alto que la formación perfecta de su carácter. Por este ideal lánzate al combate... a vida o muerte.

¡LUCHA Y CONFÍA!

«*Más fuerte es el que se vence a sí mismo que el que conquista fortalezas*» (Ovidio)

Repito lo que te dije. Joven, por muy fogoso que sea tu temperamento, por mucho que sientas las exigencias tiránicas de los deseos instintivos, y aunque éstos te acometan con vehemencia, no te vencerán... *si tú no quieres ser su esclavo.*

Ya sabes que es posible remar contra la corriente, aunque sea muy fuerte.

Me preguntas: ¿Qué he de hacer, pues?

Donde se guarda un precioso tesoro, allí se pone cerradura resistente. Y cuanto mayor es la fortuna que se guarda, tanto más se cierran las puertas contra los ladrones. *Tu mayor tesoro es la pureza.* Guarda, pues, con incansable perseverancia las puertas por donde puede penetrar el enemigo para robarte el tesoro de tu alma. Vigila todos tus sentidos.

Vigila tus pensamientos, tus palabras, tus miradas, tus actos, y principalmente cuídate bien de no dar el *primer paso* en falso, porque tras la primera caída, con facilidad vienen las otras.

Demasiado sé que en tu adolescencia te juegas todo tu porvenir, y bien valen estos combates ese gran tesoro, que es tu objetivo en los años juveniles: una personalidad equilibrada, un corazón que sepa amar de verdad, la pureza de tu alma.

¡Vida pura! ¡Alma pura!

Al barrer una escalera se empieza el trabajo por el peldaño superior; de modo análogo, para purificar tu vida, has de empezar el trabajo de limpieza por lo más alto: por los pensamientos. Conserva, pues, la pureza no solamente en los actos y en las palabras, sino también en todos los *pensamientos*, porque el que peca contra ella, aun sólo de pensamiento, ya empieza a socavar el precioso castillo de su alma; y sólo es cuestión de tiempo el derrumbamiento definitivo.

«*Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios*» (Mt 5, 8). La vida pura es tan sensible como el llamado cristal de Bohemia, al menor descuido se deshace en polvo. O eres completamente puro —puro hasta en tus pensamientos—, o te consumirás en el pecado. En este punto *no hay término medio*.

Con la pureza no se puede regatear; no es posible ser puro sólo a intervalos. «*Guarda tu corazón con toda vigilancia, porque de él mana la vida*» (Proverbios 4, 23).

San Agustín, que en su juventud, antes de recibir el bautismo, sufrió grandes tentaciones y tuvo profundas caídas, explica de esta manera tan triste situación:

«Antes de cometer el pecado de desobediencia, nuestros primeros padres dominaban el instinto sexual como hoy dominamos, por ejemplo, nuestros dedos. Los movemos como y cuando queremos. No se mueven sin mi voluntad.

»Pero después del pecado original ya no sucede lo mismo. Se levantan en nosotros malos pensamientos, sentimientos, deseos, movimientos, aun cuando no los queramos; y no cesan, por mucho que lo intentemos. Les declaro guerra; me esfuerzo por hacerlos huir..., inútil, no obedecen. El hombre cometió el desatino de desobedecer al Señor en el Paraíso. Ahora sufre como castigo el que una parte de sí mismo —su instinto sexual— no le obedezca.»

¿Qué se deduce de esto? Que *no te es lícito suscitar en ti estos pensamientos*; y si empiezan sin culpa tuya, *no te es lícito permitir que se adueñen de tu persona*. En los primeros momentos no es más que un conato; todavía puedes evitarlo, puedes encauzar tu atención, dirigirla a otros puntos y... sano y salvo. Pero si cedes al primer pensamiento, se te escapará de la mano.

Si no quieres, no hay pecado

Justamente serán tus pensamientos, tus deseos repentinos y vehementes, los que te darán más quehacer, porque son los que menos dominas. Por este motivo, deseo llamarte la atención sobre el particular y así ahorrarte escrúpulos vanos. La inclinación al mal, en sí, no es pecado. Lo que importa es la voluntad; si tú pones a raya la inclinación natural, se transforma en *carácter*; si permites que se enseñoree de ti, se convertirá en *pasión*.

No somos responsables de nuestros pensamientos hasta que son *conscientes*. Antes, no.

Notarás muchas veces que en cualquier lugar y momento — acaso al estudiar, al jugar, leer o rezar—, de repente, te asaltan malos pensamientos, y tu conciencia delicada duda con preocupación si ya has lastimado la pureza de tu alma. Estate tranquilo. Si llegaron sin darte cuenta de ello, no eres responsable. No evitaremos que los gorriones revoloteen por encima de nuestra cabeza, pero si podemos evitar que se posen y aniden en ella. Lo que importa es ser fuerte ahora, en este momento y *en seguida, ¡sin un momento de demora!*, que cojas con pulso firme la rienda de tus pensamientos y hagas huir al huésped indeseable.

¿Qué has de hacer? Primeramente recházalos con un acto positivo de tu voluntad, pidiendo al Señor gracia para jamás consentirlos. Después ocúpate en cualquier cosa, a fin de que los malos pensamientos sean imperceptiblemente reemplazados por otros. Aplícate a una lectura interesante, sal a jugar, coge una herramienta, trabaja, estudia, *reza*, haz cualquier *otra cosa*, hasta que tu fantasía esté limpia de toda imagen impertinente. Pero hazlo tranquilamente, sin turbarte.

Los pensamientos torpes son como moscas zumbonas. No vale la pena apenarse. Es difícil ahuyentar las moscas si estamos excitados, porque vuelven tanto más insistentes y descaradas. Lo que hay que hacer es darles con serenidad y tino el golpe de gracia para dejarlas tendidas.

No entres en combate directamente con tales pensamientos; en cuanto te vuelves hacia ellos —aunque sea con el fin de combatirlos—, ya cobran fuerza. Lo más prudente es *volverles la espalda*, dejarlos plantados. ¿Llaman?, ¿tocan a la puerta de tu alma?, ¿mueven a escándalo? Sencillamente haz como si no te dieras cuenta de ello. Di para ti mismo con desdén: «¡Aquí no entraréis!» Despáchalos en la primera ocasión porque si te pones a discutir con ellos, se pondrán impertinentes. No te asustes; continúa *con tranquilidad* tu camino.

Los perros ladran con mayor impertinencia si notan que el transeúnte se asusta de ellos; pero si pasa *con sangre fría, despreocupado*, junto a ellos, bajan la cola y, avergonzados, van a meterse en su guarida.

Aprende a tener esta tranquilidad frente a los malos pensamientos, y diles con desprecio: «¿Para qué armar tanto ruido? De todos modos nada lograréis. Es sencillamente imposible que yo consienta en ese pecado».

No te desesperes, aunque tuvieras que combatir diez veces en un día o en una hora contra tales pensamientos y deseos. En esto has de tener ideas claras, porque, regularmente, los jóvenes de delicada conciencia malgastan muchas energías y se abaten por falta de orientación.

Haz como si no los adviertes. No vaciles y no te desanimes, aunque parezca que todo es inútil, que no se van, que no logras ahuyentarlos.

Las tentaciones frecuentes no son señal de pecado, sino más bien de firmeza espiritual, ya que el enemigo asedia con renovados ataques la fortaleza que todavía se yergue intacta. El soldado se ve acometido por el enemigo y no tiene motivo de avergonzarse.

Podrá tranquilizarte saber que, si distraído y por casualidad te hubieses entretenido con tales pensamientos, *todo depende de la voluntad*; y si no quieres manchar tu alma —¡y no lo quieres!—, y si quieres conservarla pura, entonces saldrás triunfante de todos los combates. «No daña el sentimiento, mientras no haya consentimiento» (San Bernardo).

¡Mientras luchas no hay pecado! El pecado empieza cuando la voluntad cede. De todo cuanto sucede en mí sin querer y saberlo, no soy responsable; por tanto, no hay pecado. De cualquier cosa que ocurra mientras duermo, sea cual fuere mi sueño, yo no soy responsable, a no ser que haya dado pie a estos sueños eróticos con mi comportamiento frívolo del día anterior.

Por tanto, ¡huye si viene el perro rabioso, no prestes atención al deseo, dirige por otros cauces tu atención!

Santo y seña

En la parte meridional del África vive el pequeño pueblo de los bóers. Durante mucho tiempo nada se sabía de ellos, hasta que en el siglo pasado su nombre adquirió celebridad en la guerra contra los ingleses. Esta guerra tuvo por motivo la pretensión de Inglaterra de apoderarse de las valiosas minas de diamante de los bóers. Estos no sabían siquiera qué valiosos tesoros naturales poseían. Pero un viajero inglés quedó pasmado al ver que los niños bóer jugaban con diamantes en la calle. El pequeño pueblo, al darse cuenta de su gran tesoro, resistió heroicamente a la fuerza mucho mayor de los ingleses, dispuestos todos a morir.

Una mina, mil veces más valiosa que la de diamantes, está oculta en cada joven; lo malo es que muchos jóvenes lo ignoran y juegan imprudentes con ese tesoro de valor inmenso que es su propia alma. ¡Cuántos la exponen imprudentemente a peligros graves e innecesarios! ¡Cuántos pierden en el juego su precioso corazón!

No hay forma de tener limpia el alma cuando por ella van y vienen los pensamientos, deseos, palabras y miradas... entran y salen a su antojo. El joven prudente guarda su casa. Delante de las puertas pone un centinela,

su voluntad disciplinada, y antes de dejar el paso libre exige a cada cual los documentos acreditativos.

Por ejemplo, va por la calle y llega delante de un escaparate de revistas. La curiosidad se despierta al momento; veamos este escaparate. De repente, su mirada tropieza con una imagen erótica. ¡Detente!, el centinela da un grito de alerta al ojo: «¿Quién vive? ¡Santo y seña! Tú no tienes derecho a pasar...»; y el joven vuelve la espalda a la revista.

Así has de pedir el santo y seña a cada pensamiento, a cada conversación, a cada escena, a cada libro, antes de franquearles la entrada a tu pequeño alcázar, a tu pequeño templo que es tu alma. Si procedes en esto con prontitud, no tengas miedo de nada: *eres un joven heroico, de alma recta, aunque tengas que huir cien veces al día de los malos pensamientos*. En este punto, el valiente es aquel que huye inmediatamente.

Lo importante es eso: *no consentir jamás, ni por un momento, pensamientos eróticos*. En otras cosas lograrás el éxito dedicándote a meditarlas con detención; aquí la condición del éxito es pensar en ellas lo menos posible.

Al pasearte por un jardín y darte cuenta de que un asqueroso insecto ha caído sobre tu mano, no te detienes a examinarlo, sino que lo arrojas en seguida, porque de otra manera... te picaría. Y si salta una chispa y roza tu vestido, no lo miras tranquilamente, no examinas cómo va agujereando la tela, aumentando cada vez más el círculo, sino que la apagas al instante, porque de otra manera... te quemarías. Así has de arrojar y sofocar los pensamientos obscenos, eróticos o impuros.

Te llamo la atención ahora sobre otro detalle: a cierta edad de la adolescencia llegas al grado de desarrollo corporal en que tu organismo, cuando estás dormido, siente una excitación sexual mediante determinados sueños y expulsa inmediatamente esperma. No te asustes. No es enfermedad ni pecado, sino efecto natural del desarrollo, de la maduración sexual. Se llama polución nocturna (otros lo llaman “sueños húmedos”). Esta secreción no depende de ti, como no depende de ti el latido del corazón o la respiración, de modo que es una cosa completamente natural. El plan del Creador lo ha previsto así para que tu organismo, siendo continente, elimine los espermatozoides producidos por los testículos.

Pero la excitación y el placer que se acompaña, ¿no es pecado? No lo es, porque no lo has provocado tú y es consecuencia natural del fenómeno. Pero ¡alerta!, fácilmente puede convertirse en pecado si en estado de plena conciencia te alegras de ello, sigues dando vueltas a los pensamientos que

te vinieron, los consientes y tú mismo vas buscando desencadenar de nuevo dicha excitación. En estos casos levanta tu alma a Jesucristo, reza, piensa en seguida en otra cosa y quédate tranquilo hasta dormirte de nuevo; así tu alma guardará su inocencia.

También en estos años notarás bastantes veces cierta excitación involuntaria de tus órganos sexuales, sin que haya motivo especial. Si esto ocurre espontáneamente, no le des importancia, es un fenómeno del desarrollo; pero cuida que la ropa estrecha, la presión del pantalón, el modo de sentarte, los movimientos imprudentes, los tactos innecesarios... no provoquen esta excitación, porque la excitación buscada directamente, adrede, es pecado grave.

Lo repito una vez más: todo depende de la voluntad, del consentimiento. En el hombre existe el apetito sensual, que debe estar siempre bajo el dominio de la voluntad. Por ejemplo, visitas una exposición, y tu mirada tropieza por casualidad con una escena erótica. El apetito sensual se despierta al momento y te instiga al pecado, te excita. Esto no es un acto consciente. No eres responsable todavía. Tu alma nota también lo que se prepara contra ti; y si desvías la mirada al instante y la clavas en otro cuadro, ahuyentando hasta el recuerdo del primero... obras correctamente. Para que haya pecado *ha de haber voluntad, consentimiento*.

El contagio de la inmoralidad

La fantasía o la imaginación es frecuentemente el campo de batalla en que se decide la suerte del combate entablado por la pureza. Son el foco del primer fuego que puede provocar un incendio de grandes proporciones. Los actos no son más que arroyuelos cuya fuente mana del antro oculto de la fantasía. Por esto, el joven puro vigila sus propios pensamientos para que no le echen a perder.

No olvides que el contagio inmoral se propaga con más rapidez que la peste o el cólera. Y hemos de prevenirnos contra la inmoralidad como nos defendemos contra las enfermedades contagiosas, cuya mejor medicina es, como sabes, la limpieza. Donde se declara el cólera, aparecen al día siguiente los carteles que llaman la atención a toda la población, encareciendo la mayor limpieza posible: que nadie se toque la boca con las manos, ni coma frutas que no estén bien lavadas, que se laven las manos con frecuencia; que no permitan una sola mosca sobre la comida...

Yo también quisiera poner carteles, escritos con letras de fuego, en el alma de los jóvenes, con las reglas preventivas para conservar la pureza.

— ¡Alerta con los bacilos que propagan la inmoralidad! Están mero-deando por todas partes. Es posible detener un ejército con alambradas, es posible encauzar con diques la corriente desbordada...; pero el contagio de la inmoralidad es más fuerte que los ejércitos y más peligroso que las inundaciones.

— Sí, he de vigilar. Pero ¿no sabe usted en qué mundo vivimos? — me pregunta con la mejor intención un joven—. He de estar sobre aviso para conservar el alma pura. ¿Pero a mi alrededor se levantan las nubes de espuma sucia del oleaje de mil tentaciones, y me amenazan constantemente con engullir mi alma?

Tienes razón al acusar la sociedad permisiva; pero permíteme, no obstante, que no ceje en mi demanda y en mis exigencias: *tú tienes que guardar tu corazón puro.*

— ¿Hasta en medio de las mil tentaciones de la vida?

— Sí.

— ¿En medio de tantas ocasiones de pecado?

— Sí.

— Pero ¡si hoy día se exhibe tanta suciedad en las películas! ¡Tanta basura!

— ¿Quién te obliga a verlas?

— Pero ¡si los carteles son tan descarados, y los anuncios están tan llenos de escenas eróticas!

— ¿Qué necesidad tienes de mirarlos?

— ¡Sí en el centro educativo mis compañeros aprovechan muchos recreos para hablar de «sexo»!

— No tomes parte en la conversación, ni aun la escuches.

Por muchos que sean los jóvenes corrompidos, créeme, todavía hay, y quizá en número mayor de lo que tú sospechas, jóvenes de vida pura, que han de luchar como tú; y que en vez de desalentarse en el combate, en vez de perder ánimo y fuerza, sienten crecerse en la lucha. Ten amistad con ellos: con esas almas nobles que merecen respeto.

Muchos se quejan de esta manera: «¡Cómo me hace sufrir este instinto que se despierta en mí! ¡Cuántas tentaciones turban mi juventud! ¿Por qué no se despierta más tarde ese deseo? ¿Por qué nos acomete con tal fuerza, a una edad en que todavía ni podemos pensar en el casamiento?»

En efecto, hoy día, el instinto sexual se despierta en los muchachos más pronto de lo que pide su natural desarrollo. En gran parte es debe las excitaciones artificiales de la sociedad permisiva que nos envuelve.

Los cines, las películas, lecturas y anuncios excitantes, los bailes, el modo de vivir demasiado sedentario y la falta de ejercicio corporal, los manjares excesivamente condimentados..., atizan deseos al organismo del estudiante de la ciudad mucho antes y con mayor vehemencia que el joven campesino de antes, que se fatigaba en trabajos corporales y llevaba una vida más natural y sencilla.

De ello se deduce nuevamente que has de evitar con mayor esmero las ocasiones que puedan exacerbar tu instinto sexual.

Tus lecturas

Centinela: ¡alerta!, ¡cuidado con los ojos! No permitas nunca, bajo ninguna excusa, que puedan ofender en lo más leve la pureza de tu alma. No admitas libro alguno que se burle de la moral verdadera, que proponga conceptos frívolos y sea permisivo en las costumbres, abierta o veladamente. Es una lástima que pierdas tu tiempo con ellos. Pero, por desgracia, hay maestros del buen estilo que no se avergüenzan de mojar su pluma en el fango, y con ondulaciones de serpiente recorren las «bellezas», las «alegrías», los «goces eróticos» de la vida inmoral, para excitarla y propagarla. Estos son de cuidado: mucho talento y mucha perversión. Esta frase podría ponerse como resumen en los libros de esos escritores, que, si bien se consideran semidioses, son... unos inmundos irracionales. Por muy artística que sea el arma que tienes en la mano, no por ello querrás dispararla y darte un balazo en la cabeza. ¡Cuidado!, que de esos libros «de estilo» no venga la muerte a tu alma. ¿Para qué escarbar en el estercolero —¡aunque esté cubierto de polvillo de oro!— cuando en nuestra literatura, a Dios gracias, se encuentran abundantes diamantes?

La literatura actual o «moderna» en bastantes ocasiones es una aprobación de los abusos y aberraciones de la vida sexual. Si este grupo de novelistas y poetas tuviesen razón, tendríamos que admitir que el hombre ha de enorgullecerse, no de sus pensamientos nobles, no de sus anhelos sanos, sino tan sólo de sus bajos instintos, de sus deseos egoístas de placer sexual, en lo que precisamente son peores que los animales.

De modo que... estate alerta y sé precavido con tus lecturas. Qué tristes son estas palabras, escritas por un muchacho: «Al principio buscaba el placer sexual en las novelas; más tarde lo buscaba en la realidad.» No imi-

tes a los muchachos que leen a tontas y a locas todo lo que aparece al alcance de su mano. El que se traga todo cuanto encuentra echa a perder su estómago.

Libros

Es una lástima malgastar el tiempo con los libros sensibleros que únicamente estimulan tu fantasía para llenarte de un romanticismo vacío, cuando hay tantos libros buenos que ni siquiera tienes tiempo de leer¹⁵.

Peor todavía es leer libros “eróticos”, dirigidos a estimularte sexualmente. Algunos jóvenes los leen aun sabiendo que ofenden sus convicciones religiosas, su sentido de lo que es el amor auténtico y la dignidad de la persona humana. Se excusan diciendo: «sólo quiero saber qué cosas escriben los que son de otro parecer; de todos modos, no me dañará, no lo leo con mala intención». ¿Crees tú que se puede probar el veneno «con buena intención», no para que me dañe, sino tan sólo porque quiero conocer sus efectos? Y sin embargo, las páginas de muchos libros son más peligrosas que el cianuro, pues matan el alma del lector.

Hay hombres realmente incomprensibles, si encuentran un cabello en la sopa, ya no pueden seguir comiendo; si sienten algún olor en el cuarto, no lo resisten; pero, al mismo tiempo, se tragan y devoran libros inmorales y sucios.

Tu conciencia delicada debe ser el mejor termómetro de tus lecturas. Si al leer un libro encuentras en él un pasaje que ofenda en lo más mínimo la pureza de tu alma —al excitarte sexualmente— ten suficiente fuerza de voluntad para pasar esas páginas sin leerlas; y si te encuentras repetidas veces con semejantes pasajes, deja el libro, quémalo. No te arrepentirás si sigues esta regla y tomas por lema lo siguiente: «Dios mío, dame un corazón bueno y una mente despejada. Pero si hubieras de negarme uno de estos dones, niégame la ciencia deslumbrante y dame un corazón puro».

Al llegar a los cursos superiores, es imprescindible que leas, además de novelas y libros científicos, algunos libros de temas profundos, de éstos que forman el carácter y educan la voluntad. Más que leerlos como sueles

¹⁵ Lo mismo se podría decir de la televisión, videos... que no conoció el autor. Pensemos en el tiempo que se pierde con la televisión «al tenerla todo el día enchufada», viendo todo tipo de programas superficiales y tontos (concursos, telenovelas...), sin límites ni horarios.

hacer con las novelas, has de meditarlos, rumiarlos capítulo por capítulo. Verás qué recta orientación te dan estos libros meditados, y cómo robustecen tu voluntad. Naturalmente, para este fin has de escoger los mejores libros.

No quiero engañarte diciendo que esta lectura es fácil, ya que encierra pensamientos profundos. Pero si durante el día puedes dedicar diez a quince minutos a uno de estos libros, sentirás que te renuevas día a día.

También te será muy provechoso leer cada noche algunas oraciones, algunas frases de los Evangelios, y meditarlas hasta que te duermas. Pruébalo, y verás qué profunda influencia ejercen en tu alma.

Periódicos

La mayoría se editan con la preocupación principal de lograr el mayor beneficio monetario. En cambio, se cuidan muy poco de que estén o no en consonancia con un concepto sano y honrado de la vida. Hay secciones y anuncios que solapada o abiertamente pregonan un estilo de vida inmoral. No compres ningún periódico cuya ideología ataca a tu religión y a la moral de siempre, la que se fundamenta en la esencia y fin del hombre. Escógelos bien antes de leerlos, porque ¿de qué sirve huir de la serpiente cuando ya te ha mordido?

Imágenes

Sé prudente también en mirar cuadros, estatuas, imágenes, películas, espectáculos y cualquier objeto o exposición. Solamente son dignos de ser contemplados si despiertan en ti pensamientos nobles. En cuanto ofendan tu alma en lo más mínimo —aunque sea la Venus de Milo, de fama mundial—, tu deber es desviar la mirada. ¿Y qué decir de las «postales» que los estudiantes se pasan unos a otros o llevan en la carpeta? Muchas veces no son más que seducción al pecado.

Los artistas clásicos de la antigüedad presentan muchas veces desnudo el cuerpo humano; pero sus obras no se dirigen a excitar la sensualidad, sino que irradian el poder del espíritu, este poder que comunica al hombre dominio sobre su cuerpo. Ellos procuran conciliar lo sensible con lo supra-sensible y representar en el cuerpo desnudo el cuerpo glorificado; en sus obras, el rostro se distingue por una expresión de extraordinaria gravedad; el mismo desnudo lleva un sello de gran dignidad. Pero es posible que has-

ta esas estatuas turben la tranquilidad de tu alma delicada; en tal caso, no las mires.

Bastantes artistas modernos, sin embargo, no intentan con los desnudos otra cosa que excitar la sensualidad, el deseo de placer; aún más: pintores hay que se aprovechan del desnudo para encubrir su pobre y desmañado arte.

No des crédito a la excusa que ponen algunos para encubrir su pecado: «El cuerpo del hombre también fue creado por Dios; por tanto, no puede haber en él nada indecente que no sea lícito mirar». Verdad es que Dios creó el cuerpo del hombre, y que este cuerpo es una obra maestra. En él descubrimos la mano del Creador, su providencia admirable y amorosa con mayor abundancia que en cualquier otra criatura. *El pecado, claro está, no estriba en el cuerpo humano, sino en la debilidad de quien lo contempla.*

Con esto habéis de contar tanto el artista como tú. Por más acabados y artísticos que sean el cuadro, la estatua, la película, si estimulan el erotismo, la búsqueda del placer momentáneo, no pueden pretender ser catalogados como verdadero arte. Porque obra maestra es aquélla cuya contemplación no se ve turbada por ninguna excitación pecaminosa. El placer estético se acompaña siempre de serenidad del alma.

Sí, para nosotros vale mucho el cuerpo humano y puede ser objeto de nuestro interés; pero sólo en la medida que *sirve de instrumento al alma*, y en cuanto manifiesta los sentimientos y afectos del alma. Pero en el momento en que el artista muestra el cuerpo *por sí mismo*, reduce a esclavitud al alma; este desorden ofende el sentido moral y excita la sensualidad.

No solamente las leyes de la ética, sino también las de la estética, exigen que sólo se presente desnudo el cuerpo con el fin de manifestar fenómenos espirituales, nunca por sí mismos. Nos tendría que sonrojar el pensar que los escultores paganos, griegos y romanos, procedían mucho más correctamente en este punto que bastantes pintores y escultores cristianos de nuestros días. Las estatuas antiguas —aunque desnudas— regularmente están tan saturadas de espiritualismo y delicadeza, que no nos escandalizan. En cambio, los «desnudos» de muchos artistas modernos no son sino germen de pensamientos inmorales y estímulos eróticos.

Resumiendo: ¿te es lícito mirar un cuadro o una imagen desnuda? La respuesta depende de dos circunstancias: primera, qué fin persigue el artista al presentar desnudo el cuerpo humano; segunda, el grado de tu madurez y formación.

Si el fin del artista es producir una excitación sexual, entonces ya sabes a qué atenerte, «pasar olímpicamente» de la obra. Si, por el contrario, el artista se propuso representar el cuerpo humano sin cubrirlo, para expresar así transfigurada una idea sublime —por ejemplo, en el magnífico grupo de Laocoonte—, entonces puedes contemplarlo. Pero en este caso fíjate también en la segunda condición: ten en cuenta tu grado de madurez y formación.

Hay individuos lo suficientemente maduros hasta el punto de que tales obras no los perturban; éstos pueden mirar los desnudos sin manchar su alma. Hay otros a quienes al principio no les asaltan pensamientos eróticos, pero más tarde sí; en tal caso, apenas se presenten esos pensamientos, han de cesar en la contemplación del cuadro o de la estatua.

Finalmente, hay otros, con todavía poca madurez y formación, excesivamente sensibles o jóvenes, que no pueden contemplar las obras maestras sin ser acogidos de malos pensamientos; esos tales no han de mirar ni siquiera esas obras excelsas.

Por tanto, ¿cuál es la regla? *No mires nada que esté por encima de tus fuerzas, que suscite en ti pensamientos eróticos que después no puedas dominar.*

Una observación: hay cuadros, estatuas, escenas... totalmente inmorales, cuyo único objetivo es la provocación, seducir eróticamente, estimular la excitación sexual. Ninguna persona honrada puede tener excusa para contemplarlas.

No jugar con fuego

Es evidente que el que está hecho de paja no le conviene acercarse al fuego. Es verdad que el caballo más manso se hace salvaje y fiero si le pones una antorcha ardiendo en la oreja. Y es verdad también que tus amigos, los que te hablan con fines de seducción, han atrofiado, por el hábito de pecar, su fuerza de voluntad, hasta el punto de que *ahora* les parece realmente imposible la vida pura y casta.

El que empezó a pisar la senda de la inmoralidad, difícilmente podrá detenerse...

Y es verdad también que si estos hubiesen sabido dominar sus instintos en las primeras tentaciones, hoy su voluntad no se sentiría impotente ante la tentación. Al principio, estos deseos eran todavía tímidos; entonces era cuando había que tener temple de acero, y así más tarde no habría que disculpar el pecado con tantas excusas huecas. Bien sabes que es posible

domar la fiera más enfurecida cuando se la coge de pequeña. ¡Cuánto más se puede domar el instinto propio!

«Pero si la misma Naturaleza me invita a la vida sexual, ¿cómo voy a sofocarla?, si dar satisfacción a una cosa que la Naturaleza pide no puede ser nocivo». A estos tales les contestamos que la Naturaleza dotó al hombre de varios instintos; cada uno de éstos sirve para su fin. Uno de ellos es el instinto sexual. Pero ya que la satisfacción del instinto sexual —cuando no hay amor verdadero como el del matrimonio— puede ir en detrimento de la salud o de la dignidad personal, para esto tenemos la capacidad de *pensar* y la *voluntad* para regular nuestros instintos.

Porque los instintos, tomados aisladamente, son, con bastante frecuencia, engañosos.

¿Quién no se sintió empujado alguna que otra vez por el instinto de beber un vaso de agua fría cuando está acalorado y jadeando? Pero todos sabemos las consecuencias fatales que puede acarrear un acto tan imprudente. Todos reconocen la exactitud de nuestra afirmación: el instinto puede ser engañoso y puede necesitar freno.

El animal lo hace todo al dictado del instinto, y éste, guiado los fines que Dios le ha prescrito, no le hace errar el camino. Pero en el hombre, la guía del instinto es la razón; y la voz de la razón es contraria muchas veces a las exigencias del instinto.

Cine, teatro

La crítica del cine y teatro, espléndidamente pagada en su mayor parte por los autores o por los empresarios, alaba interesadamente todas las obras, de modo que de antemano casi es imposible saber si van a propinarte o no, durante dos o tres horas, las inmoralidades más refinadas.

Muchas de ellas, saturadas de inmoralidad, adulterios, seducciones, amoríos secretos, desnudos... son el pan nuestro de cada día. De esta manera se venden más fácilmente. Se difunden con el permisivismo reinante bajo el pretexto de difundir la cultura. Si esto de verdad fuese cultura, tendríamos que afirmar, como el fin más sublime del hombre, la satisfacción de su vida sexual, desencadenar el placer y el goce erótico. ¿Y es éste realmente el fin del hombre? En este punto, como ya te dije, precisamente no nos levantamos sobre el nivel del animal.

Difícil es hallar hoy una película sin una historia amorosa; más aún, sin relaciones pecaminosas. Y lo que queda de semejantes obras en el áni-

mo de los espectadores es que el objetivo principal de la vida es disfrutar, «hacer el amor», el goce erótico. Y esto es mentira.

Cuando una película u obra teatral está realmente al servicio de la cultura, el espectador sale mejorado, más dispuesto a corregir sus defectos. No hay cultura si al salir soy más egoísta, más sensual, más cruel y más inhumano. Cultura significa eso: cultivo de la persona. Pero no hace falta muchas veces entrar para saberlo: el mero anuncio llamativo de muchas películas, el mismo título, ya manifiestan su seducción e incentivo inmoral.

Muchas veces el contenido inmoral de la película se disfraza con partes realmente bellas y artísticas. Lo bueno se mezcla con lo malo. Le ocurre como a aquel jardín descuidado en el que junto a las rosas se amontonan cardos y arbustos. Pero no olvides que la película que trata de suscitar la esclavitud sensual en vez de los puros ideales del hombre, por muy artístico que sea el procedimiento, eso no es cultura, sino violencia y freno al progreso de la humanidad. Engaño es encubrir con la etiqueta de «arte» muchas immoralidades.

Pero ¿y si vas a ver una película de buena fe y te encuentras con semejante provocación? Acaso no puedas retirarte sin llamar la atención; pero puedes cerrar los ojos —¡no dejes de hacerlo!— mientras dure la escena inmoral o mientras pase el trozo inconveniente. Evitarás muchas tentaciones si sigues este consejo y si puedes refrenar la curiosidad que se despierta en tales casos. En la guarda de tu pureza de corazón, tu principio ha de ser éste: *prefiere ser más tímido de lo necesario, que no más osado de lo debido.*

El sentimiento del pudor ha de regir tu conducta. Éste es un valor inestimable, un arma que nos da la Naturaleza para que nuestro yo superior se defienda casi inconscientemente, como la brújula más perfecta, y se aleje sin pensar de toda impureza. Es un tesoro valioso, es un dique contra las olas impuras que acometen de continuo la intacta entereza del cuerpo y del alma. Ya el noble pagano Plauto sintió que «perece quien falta al pudor.»

Baile

En el baile se demuestra la sinceridad y nobleza de tu forma de pensar, la delicadeza con que guardas la blancura de tu alma. En cada movimiento, en cada mirada, en cada palabra, se te ve lo que sientes por dentro. El de pensamientos pecaminosos aprovecha esta ocasión para buscar placer, para excitarse sexualmente. En cambio, el joven de carácter recto no

olvida su dignidad; defiende a la chica, no sólo del ataque de los demás, sino también, y en primer lugar, de sí mismo, de sus impulsos instintivos que buscan convertirla en un objeto de placer. Recuerda que amar de verdad a una persona es buscar el verdadero bien de ella, no “aprovecharse” de ella. Por tanto, primero sé sincero contigo mismo, si tu intención no es recta, mejor es que no asistas al baile; y nunca vayas al baile sin antes levantar tu alma a Dios en una oración breve, pidiéndole que guarde limpia tu alma y la de la chica.

Al igual que con los cuadros, la licitud del baile depende de dos factores: del baile en sí mismo y de tu madurez. Hay bailes que de por sí son claramente provocativos, por la forma de abrazarse o tocarse. Nunca debes permitirte los, por muy maduro que te consideres.

Con el sexo femenino

Trata siempre a la mujer con espíritu verdaderamente caballeresco. Y sea tu conducta exterior la expresión de tus sentimientos. Los caballeros de la Edad Media tenían la espada en la mano para salir en defensa de los pobres y del honor de la mujer. Haz tú también lo mismo, respétala y defiéndela, empezando por no acercarte a ella con deseos impuros ni con frivolidad. Piensa que esa chica puede ser tu posible futura esposa y madre de tus hijos. ¿Harías con tu madre o hermana lo que intentas hacer con ella?

Si éste es el concepto que tienes de la mujer, se tiene que notar en todas tus conversaciones. Tus nobles pensamientos serán la salvaguarda de tu conducta impecable. En cuanto sientas que el trato con ellas, inocente al principio, pasa a ser ocasión de pecado, sé hábil para encauzarlo por otros derroteros y con buen humor. ¡Cuidado con el sentimentalismo! No te pases los días soñando, pues fácilmente se pasa del sentimiento a la sensualidad. El amor no es un juego.

No debes tener relaciones estrechas con una chica hasta que ya estés en edad de poder pensar seriamente en casarte. La intimidad que no tenga este fin es jugar con fuego, es arriesgar sin motivo, no sólo tu corazón, alma y cuerpo, sino los de ella.

Voluntad firme, temple de acero, prontitud para la corregirse a sí mismo, nobles ideales, trabajo metódico, diversión sana... he ahí lo que ha de llenar de ilusión tus años juveniles.

Tu blanca novia

Muchos pasos en falso evitarás en tus años juveniles si piensas que algún día, siguiendo los planes de Dios, jurarás fidelidad de por vida a una muchacha, la cual está rezando, tratando de conservar su inocencia virginal y su corazón para ti.

Guarda todas tus fuerzas y todos tus pensamientos para ese amor grande, único, al que te unirás para toda la vida. La figura de tu futura novia ha de ser para ti como el ángel custodio que te ayude a guardar tu gran tesoro, la pureza de corazón, del que brotarán más tarde las flores preciosas de tu amor conyugal y la vida de tu familia. Tu vida alegre, pura, sin mancha, ha de ser lo que ofrezcas como aras sagradas, como el más rico presente, a tu esposa. Piensa, pues, seriamente: *¿Está mi alma realmente pura? Y mi modo de pensar, ¿es noble y digno de ese amor?*

¡Qué difícil es lograr que sea feliz tu vida de casado si antes no es pura tu vida de soltero!

ENTRÉNATE

¡Muere y resurge!

No quiero engañarte, joven. Sin eufemismos te lo digo: es harto difícil educar la voluntad, que ésta obedezca como manso corderillo al pensamiento. Por este motivo has de echar mano de todos los medios que te ayuden en la consecución de este propósito. Auxiliar poderoso en este punto es la negación de sí mismo.

— ¿Negación de sí mismo? ¡Brrr! —replican muchos jóvenes—. ¡El oscurantismo de la Edad Media! Hoy estamos en la época de «afirmarse», de «autorrealizarse», donde prima la «calidad de vida»; hoy día no se puede hablar más que de «vivir con intensidad», hoy todos quieren «vivir su vida», y no negarla.

Aguarda un momento. Vamos a ver: ¿qué es la abnegación? Un anhelo y un medio de lograr una voluntad noble y fuerte. Negarse a sí mismo es refrenar las inclinaciones desordenadas y los deseos carnales, cortar los excesos que puedan impedir que tu corazón sepa amar de verdad.

Somos limitados, fácilmente nos desviamos o desbocamos y, por tanto, necesitamos un freno. La abnegación da por resultado el *dominio de sí mismo*, y es indudable que se pierde el joven que, por falta de abnegación, está esclavizado a sus pasiones.

La abnegación nos da paciencia para con nosotros mismos y para con el prójimo; nos da también el *triunfo sobre nuestro egoísmo*, triunfo sin el cual no hay ideales nobles, no hay personalidad, carácter, cultura, civilización ni progreso. Estos objetivos no pueden lograrse sino con arrojo y bravura, con la «violencia» con que corriamos nuestras inclinaciones torcidas. Esta violencia que llamamos abnegación *no es un fin*; no es más que un medio, una maniobra, un estado de transición para llegar a la victoria y conseguir la verdadera alegría. En cambio, los que hablan de «satisfacer libremente sus instintos», de «no privarse de nada», de «vivir su vida»... y se inclinan cobardes ante cualquier deseo desordenado, ante lo que le pide

el cuerpo, son justamente los que pierden el sentido de la verdadera alegría, debilitan su voluntad, esclavizan su personalidad y malgastan la salud.

«Hay que vivir con intensidad.» Conforme: pero esto no significa soltar la rienda para que galopen a su antojo los instintos, sino más bien refrenarlos con pulso firme para que vayan a donde queramos. Bajo una fuerte presión, el agua alcanza una fuerza increíble, y la presa hidráulica levanta toneladas de peso como si fueran briznas de paja. Así también la presión de la abnegación levanta al hombre, que por su naturaleza corrompida gravita hacia el suelo. Este es el sentido de la célebre frase de Goethe: «¡Muere y resurge!»

Almas raquílicas

¿Has visto algunos de esos niños pálidos, macilentos, que tienen las piernas o el cuello o el dorso oprimidos por un aparato y van arrastrándose encorvados bajo el peso de sus males? Los hombres los miran con compasión: «¡Pobres niños raquílicos!»

Si tuviéramos una lámpara como la de Aladino, el del cuento, con que pudiéramos mirar el alma de los hombres, cómo nos veríamos también obligados a exclamar a cada paso: «¡Pobres almas raquílicas!»

¿Cuáles son éstas? Las que, debido a las mil comodidades de la civilización y a la pereza que han fomentado, perdieron su empuje y vigor. Éstas son como la gelatina, siempre ceden; rehúyen todo esfuerzo, todo deber, todo dominio propio, toda abnegación. Quizá nutren sus mentes, pero su voluntad es floja, enclenque, anémica, inútil. ¡Pobres almas raquílicas! Joven, ¿quieres tú permanecer en tal estado?

— ¿Permanecer? —me preguntas—. Pero ¿acaso soy yo así?

— Sí, así eres. El raquitismo corporal, gracias a Dios, es bastante raro entre los niños, pero el raquitismo espiritual — precisamente por la debilidad de la voluntad— es cosa general, innata. *Por ello hemos de someternos a un tratamiento especial.*

¿Tienes un hermanito de cuatro o cinco años de edad? Observa su conducta y verás cómo predomina en él la vida corporal. Si en la merienda tu galleta es un centímetro mayor que la suya, ¡cómo grita, cómo lloriquea! ¡Y qué poco sabe resistir a sus deseos, qué poco se domina! Su voluntad todavía es *débil*.

¡Robustece tu voluntad!

Los que más pronto tropiezan en el terreno de lo moral son los que, frente a las exigencias de sus sentidos, no resisten y consienten en ser juguetes de sus deseos instintivos. Quiero llamarte la atención de un modo especial sobre este punto.

Acostumbra tu cuerpo a un poco de abnegación. Renuncia de cuando en cuando a cosas que serían muy agradables a tus sentidos y que tampoco te son prohibidas. No digo que a menudo; pero sí de cuando en cuando, a manera de prueba, para ver si tu alma tiene firmes las riendas:

Abstente de beber, durante un cuarto de hora, al llegar a casa muerto de sed después de una excursión.

Al llegar tus dulces favoritos en la comida, deja un trocito; y si algún plato sabe a quemado, cómelo sin decir palabra.

Si a la una llegas hambriento de la escuela, no refunfuñes, no te quejes a tu madre si no te da al momento la comida. Al servirti el primer plato, por mucha hambre que tengas, no te pongas a comerlo con avidez; antes bien, impón disciplina a tu estómago hambriento.

Por mucho que los escaparates de las pastelerías azucen tus deseos y te induzcan a echar mano al portamonedas, resiste alguna que otra vez.

Si al lavarte se te escapa de las manos el jabón, no te sulfures, sino suelta una carcajada y diviértete con el juego de cogerlo.

Si se rompe el cordón del zapato cuando más prisa tienes en vestirte, no tires el zapato al suelo, silba una canción alegre, hasta que consigas atar el cordón roto.

Si se te escapa el montón de libros que llevas a la escuela, no eches maldiciones, sino ponte a recogerlos de buen humor y canturrea una canción.

Y cuando el sol de la primavera envía sus alegres rayos, ¿sabes estar quieto junto a los libros y estudiar en vez de correr a jugar?

Y por la mañana, cuando suena la hora de levantarte, ¿sabes saltar inmediatamente de la cama, con buen humor, sin bostezar y sin estirarte un rato, a pesar de la tentación que te brindan la manta caliente y la blanda almohada?

Y después de una prolongada excursión, cuando no puedes con tus piernas de pura fatiga, ¿sabes andar con el cuerpo erguido y con paso firme?

Con el compañero que te es tan «antipático», ¿sabes portarte amablemente?

Si te mandan algo, ¿lo cumples inmediatamente, sin réplica, aunque la orden se te haga muy cuesta arriba?

Y si no encuentras en seguida lo que buscas, ¿sabes dominar tus nervios?; y si te irritan, ¿sabes contestar sin mal humor?; y si se abre la puerta, ¿no miras en seguida hacia ella?; y si recibes una carta, ¿te contienes de abrirla al momento?

Y si alguien te ofende, ¿sabes dar una contestación reposada y serena? Y si una noticia pugna por salir de tu boca, ¿sabes mantenerla en secreto durante todo el día?

Y, después de comer, ¿eres capaz de colocar sobre tu mesa de estudio algunos bombones de chocolate y dejarlos intactos hasta la noche, por mucho que se agite en ti la gula? Y si tienes una lectura interesante, ¿sabes cerrar el libro en el punto culminante y no reanudar la lectura hasta el día siguiente?

¿Sabes estarte quieto en la mesa durante la comida y no moverte como una sanguijuela en el banco de la escuela? ¿Sabes sentarte siempre derecho, aunque estés cansado?...

Me objetas: *estas cosas son pequeñeces*. Es verdad, lo son. Pero todas las cosas grandes se componen de pequeñeces, y de ladrillos diminutos se construyeron los rascacielos.

Estas pequeñas victorias de todos los días aumentarán la confianza en ti mismo, y así no retrocederás tan fácilmente ante las dificultades con que hayas que encontrarte en la vida. El que sale victorioso del más difícil combate, *el vencerse a sí mismo*, sabrá triunfar también en las demás luchas de la vida. Y de éste decimos que es «hombre de carácter».

La más pequeña abnegación con que vas ejercitando tu cuerpo, acostumbrándolo a seguir los dictados de la razón, es un acopio inapreciable de energía para los tiempos de tentación, que exigirán una decisión firme. Así, estas pequeñeces te irán convenciendo de que el espíritu es capaz de dominar la materia.

La juventud que se conserva pura es un ideal sublime y elevado. Pero sólo a costa de continuos avances, de incesantes esfuerzos, de pequeños sacrificios, se puede llegar a las alturas. Y ser hombre de carácter, con una personalidad equilibrada, no es como el premio gordo de la lotería, ni nos cae del cielo.

La alegría del triunfo

El mejor medio, por regla general, de adquirir dominio contra el desorden del instinto sexual consiste en no entrar en lucha directa con él, sino en atacarle, por decirlo así, por los flancos. No caviles sobre esos pensamientos que te vienen, no les prestes atención mientras te sea posible; en cambio, *ataca a fondo tu pasión dominante y entabla combate contra todas tus debilidades*. Cuantas veces triunfas de la pereza o vences la falta de puntualidad, o haces un acto de renuncia, de silencio, de paciencia, adquieres nuevas fuerzas para resistir las exigencias ilegítimas de tus instintos.

El que nunca se priva de una cosa lícita no es capaz de evitar todas las prohibidas. Para caer en un pecado no se necesita hacer esfuerzo alguno; en cambio, para saber amar, para vivir dignamente, es necesario una *voluntad fuerte*.

El mejor método para lograr esta fuerza de voluntad contra los rebeldes instintos es imponerle una gimnasia ruda en otros terrenos, mediante pequeñas pruebas, abnegaciones y renunciaciones.

A fuerza de gimnasia se robustecen los músculos, también por la “gimnasia de la voluntad” ésta se acostumbra a obedecer, el bien obrar se nos hace fácil, y de nosotros se apodera una alegría indescriptible, gracias a la vida espiritual que se renueva.

El que desde niño sabe refrenar en cosas pequeñas la curiosidad, la gula, la pereza; y con la cabeza erguida y la boca cerrada sabe soportar el calor y el frío, el hambre y la sed; el que sabe ahogar la ira que le sube a la garganta... no corre ya gran peligro por los asaltos de su instinto. Porque a su voz de mando los instintos más rebeldes se replegarán gimiendo, como cachorros heridos. El que siendo un muchacho sabe abstenerse de algún pastel, sabrá vencer con facilidad las tentaciones de sus sentidos.

El amor a la verdad también puede prestarte valiosa ayuda en el combate de la pureza del corazón. Si te acostumbras a no mentir, te dará repugnancia utilizar la astucia, el secreto, la doblez, para cometer actos inmorales de los que uno se avergüenza. Por el contrario, el que miente por costumbre, mancha su alma, y no vacila en esconderse para deshonorar su cuerpo con el pecado.

¿Que es dura la refriega? Conforme; pero esta misma lucha trae gozo y verdadera alegría.

Precisamente, a los muchachos les gusta tomar parte en las competencias donde se hace alarde de su habilidad y de fuerza. Pues bien: tienes

una ocasión propicia para demostrar tu fuerza de voluntad, y, más aún, robustecerla y vigorizarla. Prueba con seriedad los pequeños ejercicios que mencioné más arriba. No hoy o mañana, sino siempre.

Esta misma lucha, esta prueba de fuerza, te llenará de gozo: cuando saborees la dulce alegría que te proporcionarán los primeros y pequeños triunfos alcanzados de tu voluntad sobre las exigencias de tu cuerpo.

La alegría de la victoria te impulsará a la constancia. Por esto, si has de luchar contra un vicio que te domina desde hace tiempo, lo más prudente es fijarte al principio una meta corta, es decir, cuatro o cinco días, por ejemplo. ¡Para tan breve tiempo es más fácil! Dentro de cinco días te das cuenta de que, efectivamente, lo has logrado... «¡Dios mío!, entonces yo tengo todavía fuerza de voluntad. ¡La próxima semana he de vencer de nuevo!» Si lo logras, ya tienes en tu haber dos semanas de victoria, y ésta te anima a proseguir la lucha.

Cuantas veces sofocas los instintos, cobra nuevas fuerzas tu voluntad. Forzosamente te sientes mucho más feliz que aquél que se inclina impotente ante sus deseos impuros, como la débil caña al soplo de todos los vientos, que por cobarde le asedian y asaltan.

Y no creas que esta vigilancia continua y guerra sin cuartel haya de amargarte la vida, ni que el dominio propio y la abnegación sean un peso que oprimirá tus hombros. Si es un peso, pero un peso que te levanta. También las alas son un peso para el pájaro; pero quítaselas y no podrá lanzarse a las alturas. En todas las guerras, y también en los combates del alma, la ofensiva es la mejor defensa. Lo que haces al vigorizar tu voluntad es defenderte eficazmente de antemano.

Porque el robustecimiento consciente de la voluntad llega, con el tiempo, a tener un galardón especial. Para el débil de voluntad, para el que ha de espiar receloso y con miedo cada paso, cada palabra, cada mirada, la vida es realmente un suplicio. Pero con la gimnasia de tu voluntad lograrás que ésta te obedezca a la primera mirada, cual manso corderillo, y te defienda como virtud espontánea, como un reflejo, contra todo pensamiento y deseo impuro.

Cuando el polvo de la calle quiere entrar en tus ojos, las pestañas se cierran instintivamente para defenderse. El mejor premio de tu abnegación será también éste: tu voluntad fuerte, que como por reflejo, sin darte de ello cuenta, defenderá tu precioso tesoro, la pureza de tu alma.

¡Vigoriza tu cuerpo!

El deporte te ayudará a guardar tu pureza. Cultívalo, por tanto. Conviene que vayas cansado a la cama, y así podrás conciliar más fácilmente el sueño. Ocasión de muchos pecados ha sido el estarse despierto en la cama sin poder conciliar el sueño.

El cuerpo joven, robusto, acostumbrado a privaciones, disciplinado, es un medio de defensa natural muy útil contra la desidia y la relajación de costumbres. Ejercicio corporal, no tanto para ser un campeón, como para lograr que todo tu cuerpo obedezca a tu voluntad.

No vayas tampoco con excesivos mimos en la cuestión de abrigarte. Hay jóvenes que cada día observan con afán y preocupación el termómetro, el viento, la lluvia, la nieve, el sol... Acostumbra a tu cuerpo a pasar algo de incomodidad para tenerlo a tu servicio.

Estima tu cuerpo, más no lo mimes demasiado. Piensa de él conforme al espíritu profundo de san Francisco de Asís, que lo llamaba «hermano asno». «Hermano», y no enemigo: es compañero de viaje en la vida, es un tesoro precioso, como fue compañero y tesoro para el peregrino italiano el jumento que lo llevaba. «*Hermano asno*»; por tanto, no es señor, no está para mandar, sino para obedecer. El que mima excesivamente su cuerpo, el que lo llena continuamente de manjares y golosinas, el que no sabe negar nada a su estómago exigente, no tardará en experimentar que el cuerpo se enseñorea del alma.

Dime, joven amigo: ¿qué te parecería si un día, al salir a la calle, vieras que los cocheros tirando del carro y los caballos están sentados en el asiento? ¡Cuidado, no pongas en el trono al cuerpo, cuya misión es obedecer, ni impongas el yugo al espíritu, llamado a dominar!

¡Soporta el dolor!

Aprende a conservar tu serenidad y firmeza de ánimo ante el dolor del cuerpo y la tristeza de alma. No cuadra a un hombre de carácter gemir o irritarse bajo el contratiempo más o menos grave de la vida, ni bajo los más rudos golpes de la vida. No hay que sufrirlos a regañadientes; antes bien, hemos de asimilar las contrariedades y ponerlas a contribución de nuestros ideales.

Si te duelen las muelas, si estás enfermo, si hay algo que no te ha salido como deseabas, si han cometido contra ti una injusticia... no te sientas postrado, no te sumas en la tristeza. Ya el pagano Epicteto sabía que el

camino de la virtud era la privación y la paciencia. «Abstente y aguanta», tal fue su lema.

Procura intervenir de modo activo, con fuerza positiva y vigorosa, en todos los acontecimientos de tu vida. Si te hiere una desgracia, si te tratan injustamente, no te desesperes, no te muerdas los labios, no cierres el puño, sino procura sacar provecho de todo ello.

— ¿Provecho? Pero ¿cómo?

Aprovecha el contratiempo para educar tu alma. Cuando el herrero deja caer el pesado martillo sobre el yunque, entonces cobra forma el hierro incandescente y el mismo acero. Lo mismo contigo, cuando caen sobre ti los golpes de la desgracia, no los sufras con aire de impotencia; antes al contrario, levanta tu frente y mantente firme, piensa que es un bien para ti, aunque no lo comprendas.

Aprende en tus años juveniles, cuando es tan frecuente la terquedad, a inclinarte ante la voluntad de los demás, por mucho que le cueste a tu temperamento y a tu obstinación.

Vida sana

COMIDAS.— Pon orden razonable en tus comidas. No comas mucho de una vez. El comer excesivamente fomenta las exigencias del cuerpo, que se crece al ser tratado con mimos; en cambio, una prudente austeridad puede mitigar los deseos sensuales. Los manjares muy condimentados excitan el cuerpo, y un cuerpo excitado difícilmente querrá obedecer.

Principalmente en la cena sé muy sobrio. El que es moderado en el comer es buen médico de sí mismo. Sea tu cena escasa y fácilmente digerible. No te acuestes inmediatamente después de cenar, sino procura hacerlo dos o tres horas más tarde. No tomes mucho té o café, ni tampoco mucha carne.

ALCOHOL.— *No tomes bebidas alcohólicas.* Muchos actos inmorales se cometen por la excitación que causan las bebidas alcohólicas. No sin fundamento nos previene la Sagrada Escritura: «*No os entreguéis con exceso al vino, fomento de la lujuria*» (Ef 5, 18). Y en otro pasaje: «*Lujuriosa cosa es el vino, y llena está de desórdenes la embriaguez: no será sabio quien a ella se entrega*».

Ya los antiguos romanos decían que donde Baco, el dios del vino, atiza el fuego, allí, detrás de las chimeneas, se esconde Venus, la diosa de la inmoralidad. Muchos jóvenes conservaron durante años, con un esfuer-

zo heroico, la inocencia de su alma, y después la perdieron cuando los instintos enardecidos por el vino atacaron la voluntad debilitada.

Empiezan por perder la razón en una noche de juerga y embriaguez; después, en la misma noche, pierden también la pureza.

¡Qué verdad encierra la Sagrada Escritura: «*La deshonestidad, el vino y la embriaguez quitan el buen sentido*»! (Oseas 4, 11)

No es raro el joven que, en una noche de embriaguez, acude a una casa de prostitución y adquiere una enfermedad de transmisión sexual, la que después le hará sufrir, no sólo a él sino a su esposa e hijos.

VESTIDO.— Viste dignamente, sin estridencias. Los pantalones apretados, provocativos, suelen ser fuente de excitación sexual artificial.

SUEÑO.— La cama de noche es mejor que no sea excesivamente blanda ni demasiado caliente. Cuanto más dura sea la cama, más fácilmente podrás dominar tu cuerpo caprichoso. El calor excesivo también excita tu cuerpo, y de ahí pueden originarse fuertes tentaciones. Mientras sea posible, duerme con la ventana entreabierta, así permanecerá puro el aire de tu dormitorio. Procura dormir echado de espalda o de lado.

Por la noche no te acuestes hasta sentirte cansado; y por la mañana, en cuanto notes que ya has descansado, no sigas en la cama. El que permanece en la cama durante mucho despierto por la mañana fácilmente caerá en el pecado de la impureza.

El pagano Horacio ya advertía: «Los asesinos se levantan por la noche para matar a sus víctimas; ¿y tú no serás capaz de levantarte para servirte a ti mismo, para salvarte?»

El diablo es un gran señor; se levanta tarde. Cuando se pone a tentar, los diligentes hace ya tiempo que están trabajando; a éstos no les puede causar daño. Pero ¡ay de los holgazanes, que encuentra todavía en la cama! Los engatusa, los seduce hasta hacerlos esclavos suyos.

El verdadero sueño es sustituido por un estado soñoliento, y en éste, la voluntad es... como mantequilla derretida; cede sin resistencia. En resumen, duerme mientras puedas; pero *una vez despierto, salta de la cama*. Es una regla importante, aun para el tiempo de vacaciones, en que no tienes ningún deber que te apremie.

Si hubieras de guardar cama durante algunos días a causa de una enfermedad, ten especial cuidado. Ocúpate entonces en alguna cosa fácil — reza, lee —, porque es un hecho que muchos jóvenes se corrompen con pensamientos y actos pecaminosos justamente en la enfermedad, es decir, precisamente cuando esperan el restablecimiento de su salud corporal.

DEPORTE Y BAÑO.— Lávate con agua fría. No temas. Si puedes, haz cada mañana diversos ejercicios de gimnasia durante un cuarto de hora, con la ventana abierta. Dúchate, o, por lo menos, lávate la parte superior del cuerpo con agua fría. Esto robustecerá tu voluntad. Acostumbra tu cuerpo a la austeridad y a un deporte metódico; no lo regales con demasiada comodidad. Que tu postura sea digna, no te recuestes mucho tiempo en sillones blandos.

¡No estés ocioso!

No estés ocioso, ni siquiera durante las vacaciones.

Al caminar entre montañas, me gusta detenerme a la orilla de algún arroyuelo impetuoso, espumante y saltarín. ¡Qué arduo trabajo requiere para abrirse camino! ¡Cómo va royendo la roca, cómo va cavando su surco! No descansa, no se detiene ni un momento. Su agua se mantiene así hermosa y limpia como el cristal. ¡Qué distinto del río descansado del llano!, que modera su marcha, donde todo va como una seda, donde ya «no tiene mucho que hacer», se vuelve perezoso y menos esforzado. Y más todavía si llega a estancarse, se convierte en un fétido pantano.

Si la inmovilidad es señal de muerte en la Naturaleza, también lo es en la vida espiritual. Mientras el joven va taladrando, pulverizando con rudo trabajo, las rocas que le cierran el paso en la vida; mientras va abriendo con esfuerzo el camino de su bello porvenir, entonces su alma puede conservarse pura con relativa facilidad. Pero es inminente la caída cuando las fuerzas jóvenes, en vez de emplearse en un trabajo serio, se quedan inertes en el aburrimiento y la holgazanería. El que está sin hacer nada, está a punto de cometer el mal. No en vano escribió el pagano Ovidio: «Venus, la impureza, ama el ocio; la vagancia alimenta la inmoralidad».

Si te acomete una tentación muy intensa y temes no poder resistir el pecado, te servirá de ayuda el no estar a solas. Levántate inmediatamente, sal del cuarto y busca la compañía de tus padres, de tus hermanos.

La piedra de molino, o muele trigo bueno o, si no tiene trigo, se muele a sí misma; el alma humana también se corrompe a sí misma si no se ocupa en trabajos. De modo que ¡centinela, alerta!, especialmente durante las vacaciones de verano, en que muchos jóvenes llegan a tener, no solamente una piel bronceada por el sol, sino también un alma negra por la impureza.

La perdición espiritual de muchos empieza justamente en los ratos de tedio de las vacaciones, cuando dicen que «no hacen nada». El que «nada

hace» está a punto de hacer el mal. Muy profunda es la Sagrada Escritura al decir: «*La ociosidad es maestra de todos los vicios*».

La ociosidad es sobre todo peligrosa durante la siesta, después de la comida, porque la relajación que el comer comunica puede inducir con facilidad al pecado; entonces es cuando el diablo brinda con más seducción la manzana prohibida. Si has de echarte la siesta, que sea muy corta y levántate si no te duermes. No en vano dice el dicho que «el diablo se cuida bien de dar trabajo a los que están sin trabajo».

El espíritu humano siempre se mantiene activo. El que no sabe ocuparse en algo, no por eso deja de estar activo, sino que se ve asaltado por los malos pensamientos. Del pensamiento brota el deseo, del deseo surge el sentimiento y el acto impuro.

La actividad es la sal de la vida; la preserva de la corrupción. Ahoga, por tanto, en el trabajo todo lo que pueda inclinarte al mal. Ocupate siempre en algo, en cualquier cosa, menos en no hacer nada.

Todo joven ha de tener una afición favorita, en que ponga su mayor complacencia y en que aproveche las fuerzas que le desbordan. A uno le gusta la Naturaleza, a otro la mecánica, a otro las maquetas o la fotografía. Este cría animales; aquél trabaja en el jardín. Hay quien encuentra gusto en aprender idiomas; otro, en la música, en la encuadernación, etcétera.

El joven tiene cierto exceso de energía, la cual no debe despilfarrar en no hacer nada o en autodestruirse con actos inmorales, sino en actividades que nos completen como personas. Cuanto más debas de luchar contra tus malas inclinaciones, lánzate con tanto mayor entusiasmo al trabajo; por decirlo así, consume en el trabajo tu energía rebosante de vida. Con ello preparas tu porvenir.

¡Ama la Naturaleza!

La Naturaleza es una fuente abundante de gozo, más todavía en la juventud.

¿Te gusta respirar a pleno pulmón el aire de los bosques? ¿Te gusta detenerte a la orilla del silencioso arroyuelo que corre entre las montañas? ¿Te gusta oír los trinos del ruiseñor, el canto de la alondra? ¿Te gusta contemplar el fondo cristalino de los lagos? ¿Te gusta escalar los altos picachos y allí, en la cima, explayar en una canción la felicidad que te desborda?

¿Amas la Naturaleza? ¿O prefieres pisar un día y otro día el asfalto del paseo de moda y respirar el aire contaminado de la calle?

La vida estudiantil te retiene bastante tiempo encerrado en tu habitación. De modo que, si se te presenta la ocasión, sal al aire libre, ve al bosque, sal a la montaña.

Ya habrás experimentado que después de saturarte con el aire fresco del campo, los mismos estudios te son más fáciles durante algunos días. No solamente has robustecido tu salud, sino que, además, has dado vigor y resistencia a tus energías espirituales.

El muchacho que no sabe tomar parte en los juegos alegres de sus compañeros y se acurruca, melancólico y sombrío, en un rincón, lo más seguro es que esté enfermo, o del cuerpo o del espíritu.

¿Qué prefieres? Ser de los muchachos que rompen el silencio de los bosques con sus juegos, canciones y risas, o ser de los que están metidos en casa, sin humor, tristes y amargados, sentados detrás de los cristales, sin ilusión, soñando en cualquier cosa.

¡Sal al aire libre todo el tiempo que puedas! Debes ser un estudiante sano, jovial, rebosante de fuerzas, de corazón ardiente, generoso, de espíritu pronto, vivaracho, que sabe reírse de corazón, pero... que también tiene un sentido delicado de la dignidad de su alma.

¿A quién se lo cuento?

Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en la fosa. ¿Cómo podrá darte luces para aclarar tus grandes dudas el que también se debate en la oscuridad? Eso ocurre muchas veces que pides consejo a tus amigos, sobre todo, si son frívolos y superficiales. Esos amigos, que se creen «experimentados», te dejarán el alma en mayor desasosiego, tu fantasía enardecida y llena de imágenes excitantes.

Tampoco busques la solución en los libros de «educación sexual» que no educan en la pureza de corazón. Es posible conocer hasta los últimos detalles del funcionamiento de nuestros órganos sexuales y los peligros que corren los que de ellos abusan, y con todo, caer y debatirse en la vida inmoral *si no se educa seriamente una voluntad fuerte y disciplinada*.

Pero tampoco te encierres a solas con tus dudas. Pide explicaciones a tus padres, a un sacerdote o a un guía espiritual realmente preparado. No lo son los que no valoran la pureza de corazón —demostrada ya por su forma de vivir—, y transigen con todo lo que haces. Si lo son de verdad, sé since-

ro con ellos. Muchas veces sentirás que con sólo contarle tus luchas, tus tentaciones, ya sientes alivio y tienes la victoria medio ganada.

Junto a las fuentes de una vida nueva

Hay otros medios poderosos para ayudarte en la lucha de tus años juveniles: los sacramentos de la Confesión y la Comunión.

El cuerpo envenenado no se recupera hasta arrojar todo el veneno; y si acaso lo retiene, llega a perecer. Así perece el alma que guarda en sí la materia venenosa, el pecado. Por tanto, a medida que arrecie la lucha, redobla tus visitas al confesionario, y mientras sea posible, ve siempre al mismo confesor.

Confiésate *con sinceridad... y con firme propósito de enmienda*. Desde el momento que cuentas tus luchas al confesor, ya das un gran paso por el camino de la enmienda, porque obligas a tu naturaleza obstinada a seguir caminos a los que no estaba dispuesta a recorrer.

¿Qué fuentes de energía brotan en tu alma al arrodillarte en el confesionario y abrir tu alma herida? Las tentaciones, pensamientos, pecados, todo lo descubres allí delante del sacerdote, que haciendo las veces de Cristo derrama su fuerza curativa.

«Padre, he pecado; tantas veces he caído; he hecho tales cosas, he consentido tantas veces en pensamientos impuros» Oyes los consejos del confesor, la penitencia que te manda... Después te levantas del confesionario feliz: «¡Por fin, gracias a Dios, puedo empezar una vida nueva! Y no volveré a pecar. ¡No!

¡Nunca!»

Son innumerables los que han sido rescatados de su humillante esclavitud mediante la Confesión y la Comunión.

El que desde muy joven confiesa con sinceridad y devoción sus pecados, una vez al mes por lo menos, no ha de temer mucho por su alma. Es posible que tropiece en la vida, es posible que llegue a caer, pero se levantará de nuevo y no se quedará tendido en el pecado.

¿Lo dudas?

Lee esta carta que recibí de un estudiante universitario.

Reverendo Padre:

Me resulta costoso contarle cosas que aun ni soñando querría mostrar a los demás. Sin embargo, para que me pueda ayudar, es necesario que conozca todas estas cosas. El que pudiese penetrar en mi interior ve-

ría con espanto que mi alma, que acaso parezca inocente al exterior, está sucia por dentro, y me volvería la espalda con asco, huiría de mí como se huye de los leprosos.

Hace tres años llegó a mis manos el libro *ENERGÍA Y PUREZA*. Entonces, espiritualmente era una ruina. En mi fantasía bailaban las imágenes más obscenas, y el pecado solitario me esclavizaba. Ahora, gracias a la Confesión, voy saliendo y tengo confianza que saldré del todo. Me acuerdo de que al leer el libro me dolía el alma, mi conciencia me acusaba y me sentía muy miserable. ¿Cómo pude llegar a tal extremo?

Caí por primera vez al inicio del verano. Al principio, la cosa me parecía interesante. Y para desgracia mía, no hubo ningún verdadero amigo que me echase una mano, viéndome antes tan alegre y después tan triste y melancólico. Después empecé a rodar por la pendiente. Eso se notó en los estudios, cada vez estudiaba menos. Poco a poco, el pecado solitario me esclavizaba más y se hacía un hábito.

Ahora pienso en las energías malgastadas. Me volví un vago, perdí la fuerza de voluntad. Pero nadie sabe cuan inagotable es la misericordia de Dios.

Algunas veces, después de sentir más agudo el aguijón de la conciencia, hacía el propósito de no volver a pecar jamás. Pero, por la noche, en la soledad, estando medio dormido, mi buena voluntad se esfumaba.

Ahora que vuelvo a leer nuevamente su libro, siento nuevas fuerzas. Hasta ahora, mi desgracia ha sido no cuidar bastante la pureza de mis pensamientos. Al leerlo, hace tres años, creí que esto no era importante. Ahora espero que la gracia de Dios me ayudará a salir del vicio, y lo espero con fe, porque la santa Confesión me ayuda enormemente. *ENERGÍA Y PUREZA* fue el despertador y el estímulo para dar el primer paso serio hacia la enmienda; y desde entonces, aunque despacio, voy avanzando continuamente. Le ruego, Padre, que me tenga presente en sus oraciones al rezar a Nuestro Señor Jesucristo por aquellos que han caído y que anhelan recobrar su pureza. Agradecido, UN UNIVERSITARIO.

Al recibir cartas de este estilo, me arrodillo con emoción al pie del Crucifijo y le pido al Señor gracia para este joven... «¡Señor mío, estrecha contra tu pecho esta alma que sufre y lucha...! ¡Señor mío, concédele una alegría radiante y pura!»

¡Conmigo está el Señor!

Los bacilos de las enfermedades son vencidos por el organismo cuando el medicamento, a través de la sangre, llega a todo el cuerpo y vivifica las más pequeñas células. Del mismo modo perecen en el alma los bacilos de la impureza cuando, después de la Sagrada Comunión, la sangre preciosa de Jesucristo vivifica todo tu organismo, y tú puedes reposar en sus manos y dirigirle la magnífica plegaria:

Alma de Cristo, santifícame.

Cuerpo de Cristo, sálvame.

Sangre de Cristo, embriágame.

Agua del costado de Cristo, purifícame.

Pasión de Cristo, confórtame.

¡Oh, mi buen Jesús!, óyeme.

Dentro de tus llagas, escóndeme.

No permitas que me separe de Ti.

Del maligno enemigo, defiéndeme.

En la hora de mi muerte, llámame.

Y mándame ir a Ti.

Para que con tus Santos te alabe Por los siglos de los siglos. Amén.

Santa Teresa quiso edificar un convento, pero no tenía más que tres cuartos. Dijo: «Tres cuartos y Teresa son poca cosa. Pero tres cuartos, Teresa y Dios, esto ya es mucho.» Y levantó la casa.

Tú también quieres levantar en tu alma el templo más hermoso de Dios. Acaso lo has intentado ya varias veces y has fracasado. «Yo solo poca cosa soy. Pero mi propósito firme, mi buena voluntad y la gracia de Dios... ¡ah!, esto ya no es lo mismo.

Así lo lograré.»

Toma muchas veces «El Pan de los fuertes», recibe a Jesús en la Santa Comunión. Da entrada al Señor en tu alma con frecuencia; y cuando ruja el huracán pide con insistencia, como lo hicieron los apóstoles en la barca zarandeada por la tempestad:

«¡Señor, sálvanos, que perecemos!» (Mt 8, 25).

¡Ora!

Si no riegas la flor, se seca; también las flores de la vida de tu alma se marchitan si no las riegas como corresponde, con el agua cristalina de la oración. En la oración te arrodillas ante Dios Omnipotente. Él apacigua la tempestad y pone terso el espejo del alma agitada, y hace más fácil, o por lo menos confiada, la lucha.

Ten, pues, mucha confianza con Jesús. Dirígete a Él en todas las cosas con amor vivo, sincero y palpitante. Sabes que se alegra de tus victorias y se entristece de tus caídas. En Él debes poner tu esperanza.

En la adolescencia todos anhelan una amistad ideal. En Jesucristo tienes al mejor amigo, ya que por mucho que busques, no hallarás otro ideal más noble, otro amigo más entrañable ni otra ayuda más eficaz.

Jesús te dice en el Evangelio: «Si alguno me ama, mi Padre le amará, vendremos a él y haremos morada en él». Acostúmbrate al pensamiento de que Jesucristo está siempre y en todas partes contigo. Desde la mañana hasta la noche te acompaña; está contigo en la calle, en la escuela, en el juego, en el cine; está presente cuando estudias, cuando te diviertes y cuando te acuestas por la noche; se sienta junto a tu cama, te mira con ojos de amor y te dice: «¡Hijo mío, hoy has luchado bien!»

Aprende a rezar con este espíritu. Dime: ¿sueles rezar con regularidad? *¡Con regularidad!* Es decir, cada mañana y cada noche, y lo que es más, haciéndolo *bien*: prestando atención, con amor encendido, con todo el corazón, con toda tu voluntad, entregándote sin reserva.

Dime: ¿Sabes rezar de esta manera? Pues aprende. ¿Hace tiempo que lo has dejado? Empieza de nuevo. Pero no mañana. Hoy mismo. Y continúa siempre adelante.

¿Amas a Jesucristo, de modo que en cualquier tentación puedas pensar inmediatamente en Él y pedirle fuerzas? El que quiere llevar una vida pura sin la gracia de Dios hace como el que pretende volar sin alas. Así lo confesó de sí mismo el Rey Sabio del Antiguo Testamento: «Ya de niño era yo de buen ingenio... Y luego que llegué a entender que no podría ser continente, si Dios no me lo otorgaba... acudí al Señor y se lo pedí...» (Sb 8, 19-21). San Agustín llega a decir: «Si no reina en nuestra alma la caridad de Dios, domina en ella la vida sensual».

Mira los ojos de Jesucristo crucificado, llévalo en ti continuamente y notarás con satisfacción que con Él es posible conservar la pureza. Nada

hay que pueda ayudarte a atravesar los momentos de tempestad como la mano vigorosa del Redentor.

Sigue el consejo que Santa Catalina de Sena dio a su ahijado: «Que Jesús esté en tu corazón, la eternidad en tu mente, el mundo debajo de tus pies, la voluntad de Dios en tus actos y, sobre todo, su amor brille en ti».

¿Y después?...

Y si con todo esto no te decides a romper definitivamente con el pecado, lee la siguiente historia. Cierra después el libro y medita.

Un joven entró entusiasmado un día en la habitación de san Felipe de Neri.

— *Pero ¿qué es lo que te da tanta alegría?* —le preguntó el Santo.

— *¿Cómo no alegrarme? Acabo de hablar con mi padre y me dio su permiso para ser abogado.*

— *Bien, serás abogado. ¿Y después?*

— *Después ganaré mucho dinero.*

— *Bien, ganarás mucho dinero. ¿Y después?*

— *¿Después? Pues, teniendo mucho dinero, tendré todo cuanto necesite; y al llegar a la vejez viviré con toda comodidad.*

— *¿Y después?* —siguió preguntando el Santo.

El joven se entristeció

— *¿Después...? Después tendré que morir.*

— *¿Y después? ¿Qué será de ti después de la muerte?*

Francisco Spazzara —que así se llamaba el joven— llevó desde aquél día una vida honrada y buena, porque nunca olvidó que tendría que rendir cuentas a Dios.

Joven, no te olvides de preguntarte también: «¿Y después?» ¿Qué será de ti después? Después... cuando te presentes para rendir cuenta a Dios omnipotente, serás juzgado conforme al amor verdadero con que hayas vivido. «*En todas tus acciones acuérdate de tus postrimerías y nunca jamás pecarás*» dice la Sagrada Escritura.

En una lápida funeraria se lee esta inscripción: «*Para alcanzar la vida en la muerte, vivió como quien sabe que ha de morir*». Acuérdate de que Dios te pedirá cuenta un día, no solamente de tus actos, sino de las más insignificantes palabras y de tus pensamientos más ocultos. Dios te veía cuando no te veían los demás.

¿Quieres presentarte con el cuerpo y alma manchados en el gran día de las cuentas? ¿Verdad que no? ¿Verdad que quieres ser joven de alma pura?

Devoción a María

Ten, además, una devoción ardiente a la Virgen María bajo la advocación que más confianza te inspire. Rézale por lo menos tres Avemarías todas las mañanas, invócala con frecuencia.

Si conservas aún tu pureza e inocencia, confíaselas a ella, Virgen de las vírgenes, y con solicitud de madre velará por ti en todos los peligros. Si ya las perdiste, pero quieres levantarte, llámala; pídele que te tienda su mano, porque es la Madre, Refugio de pecadores, Consoladora de los arrepentidos. Ella te espera siempre con lágrimas de cariño para volverte a Jesús.

Por desesperado que te veas en tus combates y caídas, jamás tardes en acudir con sinceridad a la Virgen María, tu Madre.

ALMA SONRIENTE

Dios Nuestro Señor nos dejó tres recuerdos del Paraíso: la luz de las estrellas, la belleza de las flores y el brillo de los ojos en los jóvenes puros. De los tres, el más hermoso es el último. *Porque el joven puro es un héroe*. Héroe verdadero, que ha de soportar refriegas más duras que los combates de una guerra cruel. Ha de reflejar siempre blancura de conciencia. Debido a la unión sustancial del alma y del cuerpo, esta blancura se manifiesta en su mirada.

El mayor triunfo

¿Quién no siente el dulce encanto de una juventud nunca profanada, llena de inocencia y de virtud? Ya Cicerón decía: «Nada hay más amable que la virtud». Ni siquiera el que niega cínicamente los valores morales puede sustraerse a la influencia de la superioridad que irradia el joven de alma pura.

Y es que el mayor triunfo consiste en dominarse a sí mismo. La joya más preciosa de la humanidad es el joven puro, el joven que sabe vencerse a sí mismo. Él es la esperanza de la sociedad.

¡Qué belleza!

Hoy se habla mucho de la belleza del cuerpo humano. Es verdad; el hombre es la corona de la Creación. Pero no tanto por su hermosura corporal como por la dignidad de su alma. El cuerpo humano es templo santo de Dios, y tras unos ojos alegres, puros, hay siempre un alma que ama a Dios y que se siente amada por Él.

La mirada es el espejo del alma. A su vez, la pureza se refleja siempre en esa mirada. «*Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*» (Mt 5, 8).

Se encierra un pensamiento profundo en el lenguaje humano que llama «virginal» a la hermosura intacta, sublime, fresca, de la Naturaleza. Hablamos de «cimas vírgenes» para referirnos a las montañas cubiertas de

nieve, de «bosques vírgenes» si no sintieron todavía el golpe del hacha. Aquel silencio y aquella emoción que se levanta en nuestra alma al contemplar las bellezas vírgenes de la Naturaleza, son mayores todavía cuando se considera lo que trasluce un joven de «alma virginal». Como si una voz secreta nos susurrara al oído en estos momentos: «Quítate aquí las sandalias, con respeto, porque este lugar es sagrado, virginal; es el lugar de la armonía entre el alma y el cuerpo, de la amistad entre el alma y Dios.»

Mira las ganas de vivir, la prontitud para la acción, la alegría inalterable, la felicidad que canta, la primavera risueña... que manifiesta el alma pura.

En los años juveniles, llenos de promesas, la pureza mantiene la energía espiritual. Nada más fácil para el joven casto que cumplir el gran mandamiento de Dios: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas» (Dt 6, 5)

El río montañés corre con fuerza entre las rocas. Si se le diera camino libre, podría causar daños espantosos. Pero la razón humana lo encierra entre fuertes diques, en tubos de acero, y lo lleva a las turbinas; y así la fuerza elemental que podría ser destructora, se transforma en luz eléctrica, en fuerza motora para las grandes máquinas.

Fuerza natural que irrumpe con empuje salvaje es el instinto sexual. Si lo dejas a sus anchas, causa una espantosa destrucción en tus ideales, en tu ánimo para el trabajo, en tu alma y en tu cuerpo; en cambio, si lo dominas, si lo contienes entre las paredes de acero del autodomínio, hasta el tiempo en que puedas aprovecharlo —según los planes sublimes del Creador, en el sacramento del matrimonio—, este mismo instinto, esta fuerza sexual destructora, se transforma en fuente de vida alegre y feliz.

La pureza comunica fuerza a la voluntad humana frente a todas las bajezas; por eso la pureza es el fundamento del carácter firme. La pureza hace hombres de pies a cabeza. *El que se venció a sí mismo no será vencido por otro. Los mártires* heroicos del primitivo cristianismo eran de vida virginal, y así recibieron su magnífico título: *Virgen y mártir*.

¡Qué magnífico florecer el de una vida joven llena de esperanza! ¡Deseos, sentimientos, esperanzas de un alma humana destinada a la eternidad; anhelos que se levantan a alturas celestiales! «No hay cosa de tanto valor —exclama la Sagrada Escritura— que pueda igualar al alma casta» (Si 26,20). La pureza espiritual es la fuente de todo lo bello.

Si los jóvenes supieran qué maravillosa fuente de fuerzas es la pureza, no la desecharían con tanta frivolidad.

¡Sin cadenas!

La libertad entusiasma al joven. Está bien; le cuadra este ideal. Pero ¿hay hombre más libre que el que sabe ordenar, mediante el imperio de la razón, el santuario de su propia alma y defenderlo de los instintos que la esclavizan? ¿Y hay esclavo más digno de compasión que el que se ve atado por los instintos ciegos del propio cuerpo, por el pecado de la impureza? El hombre libre no es el que hace cuanto se le antoja, sino el que sabe querer lo que ha de hacer, el que es capaz de buscar siempre su propio bien; o, dicho de otra forma, el que sabe mandarse a sí mismo y cumplir las órdenes dadas.

Vivir en la inmoralidad... ¿eso es libertad? Si así fuera, el modelo sería una piara de cerdos que se revuelcan en el cieno completamente a su antojo.

No puede apreciar ni comprender la verdadera libertad sino el joven de vida pura, porque la verdadera libertad consiste en la libertad del alma.

¡Joven! ¡Conserva siempre tu alma pura! ¡Sé siempre el soldado invicto en esta guerra de verdadera y noble independencia!

Guarda este libro que para ti he escrito, y léelo en los próximos años, y cuando te asalten las tentaciones, repasa alguna de sus páginas. Muchos jóvenes han sacado de su lectura fuerzas, valor y perseverancia para conservar el alma limpia.

Mira cuántos se debaten, se sumergen y se ahogan en este terrible pecado. Pon este libro en manos de otros muchos jóvenes. Cuantos más, mejor. ¿Quién sabe a cuántos salvarás de la degradación si así lo haces?

Cuando veas en el curso de tu vida cuán innumerables son los propagandistas y colaboradores del pecado, de la impureza, de la lujuria; cuando veas cuántos son los que corrompen las almas y siembran la inmoralidad, toma con santa valentía esta decisión: «Si otros corrompen las almas, yo intentaré mejorarlas. Si ellos las pierden, yo procuraré salvarlas.»

Algunas veces los jóvenes son los que más pueden en este punto. Acaso contigo se confíe con más facilidad otro joven. En cuanto empiece a hablar de cosas obscenas, o aludir a ellas, llámale la atención con seriedad y firmeza. Pero habla a tus compañeros principalmente con el ejemplo de tu vida.

Si es hermosa la inocencia natural de un niño, es todavía más hermoso el joven que hubo de lograr la virtud a costa de duras batallas.

La vida pura irradia armonía entre el espíritu y el cuerpo. El alma pura es el tesoro más noble del hombre, el fundamento de la vida heroica; una chispa celestial, la más hermosa manifestación de la semejanza divina. Conocida es la sentencia de Goethe: «Pensamientos grandes y corazón puro: esto es lo que tendríamos que pedir a Dios.»

Apenas hay cosas más santas en el mundo que el corazón joven libre de pecado.

¡Despierto!

Es posible que lleves años viviendo en pecado. No importa. Encuéntrate nuevamente con el Señor y permanece junto a Él para siempre.

La alegría verdadera es excelente medio para ser limpio de corazón. ¿Quién puede estar más alegre que un joven de alma pura, de noble pensamiento, que ama a su Dios?

Fíjate en la alegría que irradia esta carta que me escribió un joven después de varios años de tropiezos:

«...Iba bajando y bajando cada vez más, hasta que dije: ¡Basta! Ésta ha de ser la última. Fui directo al confesionario. Esto ha sido mi resurrección. ¡Dios mío! ¡Qué Confesión fue ésa! Todas las felicidades del mundo, todas las noches de borrachera, no son capaces de brindar una alegría como la que sentí después de la santa Comunión. Fue un trabajo duro; hube de volver varias veces al confesionario, pero como quería, tenía que lograrlo. Siempre me he mostrado muy frío, y no obstante, delante del altar empecé a llorar. Lloré como un niño. Antes buscaba la felicidad en el pecado; si lograba sentirme feliz unos breves instantes, después me sentía cien veces más desgraciado. Me faltaba algo, y lo buscaba donde no lo podía hallar.

»Ahora he conseguido la felicidad duradera. Me gustaría dar a conocer esta inmensa dicha a todos los jóvenes para que vieran cuánto se puede perder a cambio de unos momentos de placer. Es indescriptible la felicidad que ahora experimento. Sólo merecería la pena por el sentimiento que tuve al recibir al Señor en la Comunión, que me hacía decirle: “¡Que bien se está aquí, Señor...!”»

Será así, ¿verdad?

Conserva tu precioso tesoro, la pureza de tu alma. Y si hubieras de llorar alguna caída del pasado, no te desalientes; de hoy en adelante que

sea otra tu vida. Es posible... pero cuesta. Ha de haber propósito firme, vigilancia continua, perseverancia sin desmayos. Tu lema ha de ser el que puso en su escudo Zelanda, una de las provincias de Holanda, siempre en lucha abierta con el mar: «Sigo luchando, pero siempre levanto victorioso la cabeza de entre las olas».

Es posible llevar una vida pura, es necesario llevarla, pero no es tarea fácil. El hombre no nace continente, sino que se hace casto mediante una dura lucha. Una vida pura, incontaminada, hasta el altar del matrimonio, no se puede conseguir en el mundo actual sino a través de una lucha heroica.

Tu razón te dice: ¡*Sé puro!*; tu religión te dice: ¡*Sé puro!*, pero el mundo moderno y la frivolidad reinante te gritan: ¡No lo seas, no luches por la pureza!

Y con todo, has de mantenerte firme, porque por el galardón que te espera vale la pena soportar los encarnizados combates. La fuerza moral que has desplegado en la juventud mostrará su esplendorosa alegría cuando seas adulto.

No sólo luchas para ti, sino por la felicidad de tu esposa y tus hijos. La vida sexual es un don sagrado de Dios, señal de la enorme confianza que Él deposita en el hombre. No estropees el plan de Dios, que sólo busca la felicidad del hombre.

Un último consejo

Se te acercarán amigos que querrán hacerte titubear, diciéndote que «de todos modos, vanos son tus esfuerzos, que todo es inútil...; que hoy día nadie se conserva puro...» Sin embargo, ten por seguro que hay jóvenes que van sosteniendo el combate diario de la pureza, sin caídas, o cayendo y levantándose.

Para adquirir y conservar la pureza, debes rezar al levantarte por la mañana, sin faltar un solo día, tres Avemarías a la Virgen, seguidas de esta jaculatoria compuesta por San Alfonso María de Ligorio: *Por tu Inmaculada Concepción, oh María, haz puro mi cuerpo y santa mi alma.*

También te recomiendo que reces la siguiente oración:

¡Oh Señora mía, oh Madre mía!: yo me entrego del todo a ti. Y en prueba de mi filial afecto, te consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón; en una palabra, todo mi ser. Ya que soy todo tuyo, ¡oh

Madre Inmaculada!, guárdame y defiéndeme como cosa y posesión tuya. Amen.

Dile también la siguiente oración: *Bendita sea tu pureza, y eternamente lo sea, pues todo un Dios se recrea en tan graciosa belleza. A ti, celestial princesa, virgen sagrada, María, te ofrezco en este día alma, vida y corazón. Mírame con compasión, no me dejes, Madre mía. Amén.*

Y estate seguro: la Virgen María, tu Madre, te ayudará siempre. Joven, con la protección de María serás casto, sabrás amar de verdad. Y al cerrar tus ojos en la hora de la muerte, te hallarás en brazos de esta Madre, a quien amaste durante toda tu vida. ¡Bendito sea Jesucristo, que nos dio a María por Madre!